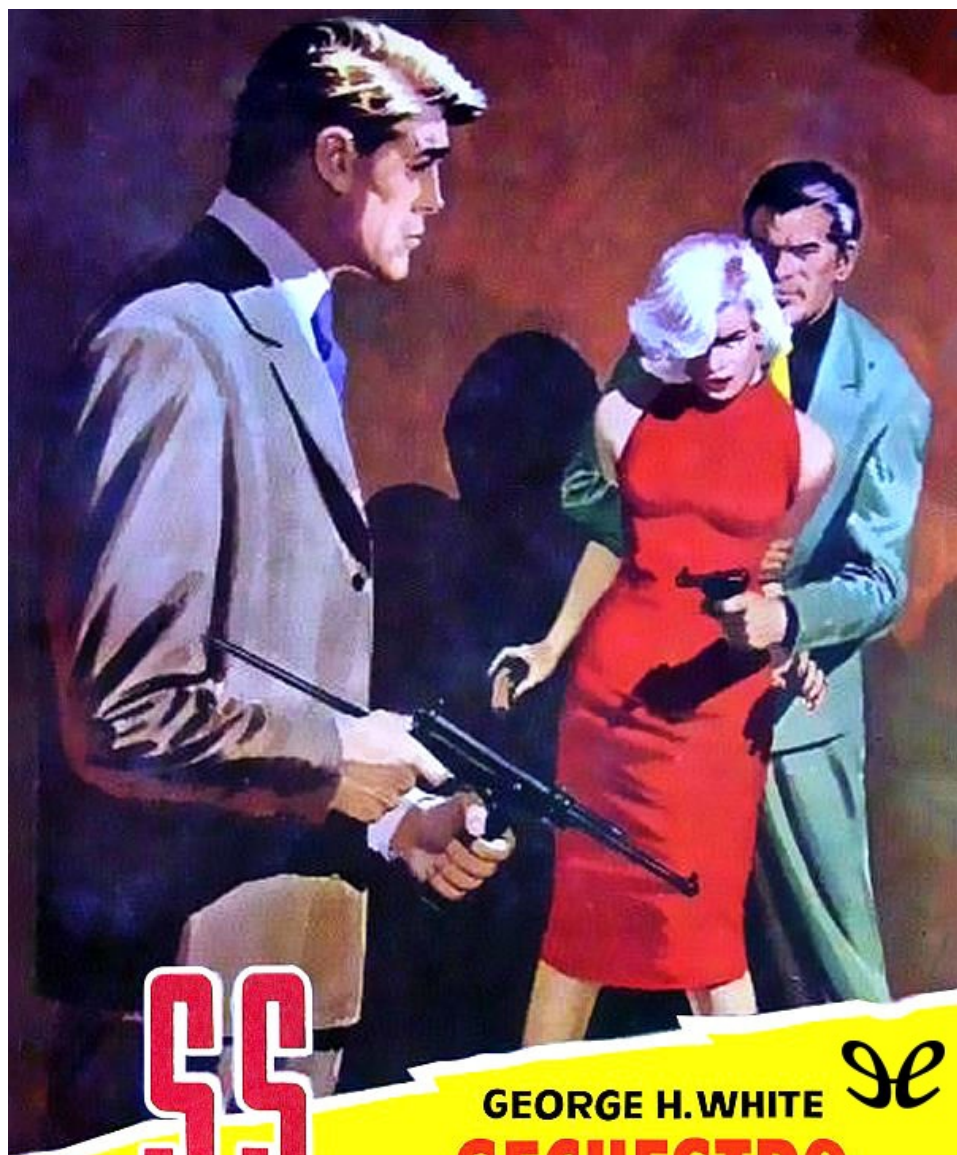




SS

**SERVICIO
SECRETO**

GEORGE H. WHITE

de

SECUESTRO SENSACIONAL

Sobre la punta de tierra que avanzaba hacia el mar, la penitenciaría levantaba sus sólidas edificaciones de piedra y su recinto amurallado, al que daban acceso dos macizas torres almenadas.

Aquí todo era paz y silencio.

La gran campana de San Quintín acababa de llamar a los reclusos al comedor. El último «ferry» de la tarde cruzaba las tranquilas aguas de la bahía de San Francisco. La marea estaba alta y las gaviotas planeaban graciosamente, dejándose en ocasiones mecer sobre las pequeñas ondas que iban a lamer la pista de hormigón que rodeaba a la mayor penitenciaría del mundo.

El cielo era de un azul profundo con grandes cúmulos de nubes opalinas. Al fondo se divisaban las pardas colinas del condado de San Marín.



George H. White

Secuestro sensacional

Bolsilibros: Servicio Secreto - 463

ePub r1.0

Titivillus 16.12.17

Título original: *Secuestro sensacional*
George H. White, 1959

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





George H. White

Secuestro sensacional

1ª EDICION

Setiembre 1959

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre la punta de tierra que avanzaba hacia el mar, la penitenciaría levantaba sus sólidas edificaciones de piedra y su recinto amurallado, al que daban acceso dos macizas torres almenadas.

Aquí todo era paz y silencio.

La gran campana de San Quintín acababa de llamar a los reclusos al comedor. El último «*ferry*» de la tarde cruzaba las tranquilas aguas de la bahía de San Francisco. La marea estaba alta y las gaviotas planeaban graciosamente, dejándose en ocasiones mecer sobre las pequeñas ondas que iban a lamer la pista de hormigón que rodeaba a la mayor penitenciaría del mundo.

El cielo era de un azul profundo con grandes cúmulos de nubes opalinas. Al fondo se divisaban las pardas colinas del condado de San Marín.

Sobre el recinto amurallado, en los amarillos puestos de ametralladoras, los vigilantes holgaban fusil al brazo disfrutando de la hora de mayor tranquilidad de aquella ciudad del crimen. Hasta allí llegaba el sordo rumor del ancho comedor, que cerraba uno de los costados del gran patio central, más grande que un campo de fútbol.

Y sobre este rumor se alzó inopinadamente el rugido de un claxon de automóvil.

Un gran «Mercury» negro, en efecto, acababa de detenerse ante las recias verjas de hierro de la puerta principal. Y un oficial se adelantó hasta el coche para inquirir la identidad de sus tripulantes.

La gran puerta de hierro se abrió poco después y el coche siguió adelante, pero su entrada fue consignada así en el libro de registro de la puerta principal:

«Penitenciaría de San Quintín, California. Entrada: Automóvil “Mercury”, con matrícula S21-842. Ocupantes: Jim Evingdale, secretario de la Junta de Prisiones; Rice W. Yates, subintendente del F. B. I.; Nelson Gillman, ayudante del fiscal general; miss Estrella Bahusen...».

Los visitantes, después de abandonar el automóvil en el antiguo patio de ronda, entre murallas, fueron guiados por un vigilante a lo largo de las escaleras y a través de un largo pasillo hasta un despacho en cuya puerta se leía:

«Maxwell L. Honeywell. Director».

Maxwell Honeywell, fuerte, alto y moreno, se puso de pie tras su mesa y sonrió afablemente a sus visitantes.

—Hola, Evingdale. ¿Cómo está usted, Gillman?

Evingdale descubrió su avanzada calva al dejar el sombrero sobre el escritorio, y presentó:

—Aquí, la señorita Bahusen. Le presento al señor Yates, del Federal Bureau of Investigation...

Honeywell estrechó sucesivamente la mano de la joven y del subintendente.

—Y bien, Honeywell —dijo Evingdale—, ¿tiene listo al hombre?

—Ahora le mando a llamar —repuso el director de la cárcel, pulsando un botón de su mesa. Y ordenó al vigilante que enseguida se presentó—: Dígle al capitán Daniel que traiga aquí al recluso Carl Freyer.

Jim Evingdale tomó de la mesa de Honeywell una cartulina, parte impresa, parte rellena a máquina, en la cual se veían adheridas tres fotografías del mismo hombre desde distintos ángulos.

—¿Es él? —preguntó la señorita Bahusen, acercándose.

—Sí.

La muchacha tomó entre sus largos dedos la ficha policial. Era una chica alta, delgada y rubia, vestida con un horrendo traje sastre

gris, un ridículo sombrero y unos detestables zapatones de tacón bajo, más propios de una señora entrada en años y achaques que de una joven de su edad y esbeltez.

La señorita Bahusen, que para completar su poco atractivo aspecto usaba además unas grandes gafas con montura de concha, dio vuelta a la cartulina y leyó en el reverso:

«Recluido en el reformatorio del Estado de California a los diez años de edad... Escapó a los catorce... Fue detenido por robo y volvió al reformatorio hasta los dieciocho años de edad. Detenido en febrero de mil novecientos cuarenta y ocho; hurto. Detenido en mil novecientos cuarenta y nueve; robo. Detenido en mil novecientos cincuenta y tres; robo a mano armada. Detenido en mil novecientos cincuenta y cinco; robo con asalto a mano armada...».

La señorita Bahusen, cuyo inglés sonaba con fuerte acento alemán, se detuvo con el aliento entrecortado.

Evingdale se echó a reír.

—Todo un récord de fechorías en menos de diez años, ¿no es cierto, *miss* Bahusen?

Las azules pupilas de la muchacha reflejaron ahora cierto temor a través de los cristales de sus gafas.

—¿Green que él querrá aceptar? —preguntó.

El subintendente Yates miró interrogativamente a Honeywell, el cual se encogió de hombros y contestó:

—Naturalmente, no se lo preguntamos. Le sacamos todas esas fotografías que ustedes pedían, aunque sin decirle nada.

Y así era, en efecto, cómo ignorando lo que le esperaba, se encaminaba Carl Freyer hacia el despacho del director siguiendo los pasos del capitán Daniel.

Un ordenanza montaba guardia en la antesala, pero contra lo que era costumbre, no entró a anunciar previamente la llegada del recluso.

—Vengan. El director les está esperando —dijo.

Un poco intimidado, porque sólo excepcionalmente se llamaba a un recluso a esta especie de santuario desde el cual se regía la «ciudad del crimen», Carl Freyer siguió al capitán Daniel al despacho del director.

Honeywell, el director de San Quintín, estaba detrás de su mesa e hizo una seña al capitán, para que se acercara.

No estaba solo. Con él se encontraban en el despacho una joven rubia y espigada que vestía un ridículo traje sastre; un hombre corpulento de cabellos grises que fumaba un cigarro; un tipo larguirucho, que Carl creía haber visto anteriormente en otra parte, y otro hombre en quien Carl reconoció a Jim Evingdale, el secretario de la Junta de Prisiones del Estado.

Todos ellos tenían sus ojos puestos en la alta y esbelta figura de Freyer, que había descubierto su rubia cabeza, y especialmente la mujer le estaba contemplando con anhelante expresión.

A Carl, la curiosidad de la mujer no le gustó. Y empezó a recelar seriamente luego, cuando ella se volvió hacia el hombre del cigarro y asintió con mudo movimiento de cabeza.

—Puede usted retirarse, Daniel —dijo Honeywell.

El capitán, algo amoscado por no poder adivinar lo que allí se guisaba, retrocedió hacia la puerta y salió.

—Venga aquí, Freyer.

Carl se acercó a la mesa. Sobre esta pudo ver una ficha policial que era precisamente la suya propia.

—¿Y bien, señorita Bahusen? —interrogó el hombre del cigarro, mirando fijamente a Carl—. ¿Sigue creyendo en ese parecido?

—Tiene los hombros más anchos de lo que yo creía. Y también es un poco más alto.

El fuerte acento de la mujer, así como su apellido, hicieron comprender inmediatamente a Carl que era alemana. El hombre de los cabellos grises dijo:

—Eso no importa. Mírele bien a la cara, *miss* Bahusen.

La muchacha se acercó a Carl. Se acomodó las pesadas gafas sobre su breve y recta naricilla y le clavó sus escrutadoras pupilas en el rostro.

—Vuélvase un poco, ¿«quiere»? —dijo *Miss* Bahusen, excitadamente.

Carl no se movió. No le gustaba aquella mujer, y menos aún le

gustaba la expresión perceptiblemente anhelante de todos los hombres que se encontraban allí en el despacho.

—Freyer, ¡vuélvase! —ordenó el hombre de los cabellos grises.

Dejando caer una furiosa mirada sobre la chica, Carl le dio su enfurruñado perfil. Ella, después de contemplarle larga y silenciosamente, echó mano de su bolso y extrajo unas gafas ahumadas.

—Permítame.

Miss Bahusen levantó las gafas con la evidente intención de colocárselas.

—¡Eh, alto! —rugió Carl. Y le tiró las gafas al suelo, retrocediendo de un salto al tiempo que preguntaba—: ¿Qué significa esto?

La muchacha quedó quieta y como asustada.

—Recoja esas gafas, Freyer —ordenó el hombre de los cabellos grises.

Carl Freyer, íntimamente persuadido de que algo se tramaba contra él, apretó los labios. No se movió.

—Freyer, recoja las gafas —ordenó ahora Honeywell.

—¿Por qué he de recogerlas? —chilló Carl.

—¡Cójalas, Freyer! —rugió el director, pegando un puñetazo sobre la mesa.

—¡No me da la gana!

Honeywell salió violentamente de detrás de la mesa, los ojos llameantes y dispuesto al parecer a acometerle con los puños. Carl no se achantó. Retrocedió un paso y cerró sus puños.

—Un momento, míster Honeywell —dijo miss Bahusen, conteniendo al director con un gesto. Y ella misma se inclinó y recogió las gafas.

Allá en el interior de Carl Freyer, algo percutió honda y sentidamente. La muchacha, con su sencillo y humilde gesto, acababa de librarle de un severo castigo. Porque en cuanto a él, antes le hubieran roto el espinazo con una maza que se hubiera humillado a doblarlo ante aquellos hombres.

—Ahora, míster Freyer..., ¿querrá ponerse estas gafas?

La muchacha volvía a tenderle aquellas malditas antiparras, pero su acento era suave y su fresca boca sonreía.

Carl le arrebató las gafas de un tirón, miró a su alrededor como

queriendo decir: «Para que lo sepan. Por las buenas, sí. Pero por las malas..., ¡nanay!», y se las puso.

—¡Oh, magnífico! —exclamó la chica, mirándole y remirándole por todos lados—. ¡Es el propio Hans!

—¡Oiga! —chilló Carl, quitándose las antiparras de un tirón—. No venga a meterme en líos. Yo no soy Hans, ni maldito si...

—Cálmese, Freyer —dijo el hombre de los cabellos grises—. No es lo que usted se figura.

Carl plegó con fuerza los labios. El hombre de los cabellos grises cruzó una mirada de inteligencia con Honeywell y asintió mudamente con la cabeza.

—Bien, Freyer —dijo el director, sentándose en el ángulo de la mesa, cruzando los brazos al pecho—. Se trata de lo siguiente. Este caballero es míster Rice W Yates, subintendente del F. B. I.

Estos otros caballeros son míster Nelson Gillman, de la oficina del fiscal general, y míster Jim Evingdale, de la Junta de Prisiones de este Estado.

Freyer miró sucesivamente a cada uno de los hombres que Honeywell presentaba. La sospecha de algo muy gordo que se estaba tramando contra él volvió a apuntar en su cerebro. Pero ¿qué pintaba allí aquella muchacha alemana? ¿Iban a colgarle el sambenito por algo que no había hecho?

—Freyer —dijo el director Honeywell—, algo ha ocurrido que puede rebajarle a usted en dos o tres años el tiempo que le queda de cárcel. ¿Le interesa esto?

Freyer no hubiera escuchado más sorprendido a Honeywell si éste le hubiera propuesto un viaje de fin de semana a la Luna. Con la diferencia que los paisajes lunares no interesaban tanto a Carl como ver reducidos en dos o tres años los cinco que le quedaban de condena.

—¿Le interesa? —preguntó el subintendente Rice W. Yates.

—Eso ni se pregunta.

—Así, ¿le gustaría conocer los detalles?

Carl asintió tragando saliva.

—Bien —prosiguió el subintendente del

F. B. I.

—. Atienda a esto. Hace apenas un mes, el profesor Hans Bahusen y

su hermana lograron cruzar la «cortina de hierro», y llegar a la zona occidental de Berlín, en donde se refugiaron en nuestra Embajada. Ahora nos proponemos traer al profesor Bahusen a los Estados Unidos. ¿Va comprendiendo?

—No. ¿Qué pinto yo en todo esto? —inquirió Carl.

—Verá usted. El profesor Bahusen no ha venido hasta nosotros con las manos vacías. Para hablar con toda propiedad, Bahusen no trae un solo documento en su cartera. Pero en su cerebro se encierran secretos científicos de extraordinario valor, que está dispuesto a entregarnos... si le damos tiempo y ocasión de hacerlo.

—Bueno. Sigo sin ver mi parte en todo este jaleo.

—Espere. Como es lógico, aquellos de quienes ha huido el profesor Bahusen buscan por todos los medios capturarlo o cerrarle la boca. Y nosotros hemos garantizado la seguridad personal del señor y la señorita Bahusen una vez pongan los pies en este país. Es para esto por lo que necesitamos de usted.

—¿De mí? —preguntó Carl con extrañeza.

—Se trata —prosiguió diciendo Yates— de encontrar a un hombre que, semejándose mucho al profesor Bahusen, suplante a éste en una pequeña comedia encaminada a engañar y confundir a los agentes del espionaje extranjero mientras ponemos al verdadero Bahusen en lugar seguro.

—¿Y... soy yo ese hombre? —preguntó Carl, empezando a comprender.

—Sí.

—¿Me parezco al profesor Bahusen? —inquirió el recluso, empezando a encontrar divertida la cosa.

—Miss Bahusen podrá contestarle a esa pregunta mucho mejor que cualquiera de nosotros. En realidad no se trataba solamente de conseguir una semejanza lo más exacta posible. Hans Bahusen es alemán, y la búsqueda se complicó aún más por esta circunstancia. Usted no sólo se le parece físicamente. Tiene casi su misma estatura, y aproximadamente igual edad. Además, usted habla el alemán.

—Sí. Mis padres eran alemanes. Vinieron a los Estados Unidos siendo yo pequeño y...

—No es necesario que diga nada, Freyer. Conozco su historia y antecedentes. Y no le ocultaré que dista mucho de ser el hombre idóneo para esta misión. Nuestro gusto hubiera sido encontrar a

alguien que se pareciera al profesor Bahusen entre los agentes del F. B. I... o de la C. I. A... Desgraciadamente no pudimos hallarlo. Hubo entonces que recurrir a los ficheros de la Policía estatal, a los del Ejército y la Armada; incluso a los servicios forestales del Estado. Sólo como último recurso apelamos al fichero de la Junta de Prisiones.

—Y entonces me encontraron a mí —apuntó Carl, maravillándose interiormente de su buena suerte.

—Sí.

—Bueno —dijo Carl, iluminando su pálido rostro con una sonrisa—. Me figuro que ustedes no pueden obligarme a representar el papel de profesor Bahusen.

—Es cierto, Freyer —dijo el secretario de la Junta de Prisiones, recogiendo la mirada de disgusto de Yates—. Pero le conviene aceptar.

—¿Por qué? ¿Qué salgo yo ganando con esto?

—Ya se le dijo al principio. Terminada su actuación, se le premiaría con una rebaja en su condena.

Aquí, el señor Gillman, puede prométemelo en nombre del fiscal general.

—No es bastante. Si, como parece, voy a arriesgar algo tan precioso como mi propia piel, quiero algo más que una simple promesa de rebajarme un par de años de condena. Quiero la condonación total por los cinco años que me quedan. O eso... o nada.

El acento del recluso era firme, y resuelta la expresión de su mirada. Evingdale lanzó una mirada de disgusto sobre el subintendente Yates. Éste hizo una mueca, y Gillman tomó la palabra para decir:

—Oiga usted, Freyer... No vaya a sobrevalorar el peligro a que se expone en este trabajo. Apenas hay una probabilidad entre mil de que los agentes del servicio de espionaje extranjero le localicen a usted, y sólo una entre ciento de que consigan llegar hasta usted para raptarle o asesinarle. Tenga en cuenta que durante todo este tiempo, y a fin de completar mejor el engaño, hasta los policías que le vigilen creerán que es usted el verdadero profesor Bahusen. Si usted llegara a correr verdadero peligro, nuestros policías le defenderían hasta derramar su propia sangre. Y es natural que sea

así, puesto que *miss* Bahusen estará con usted todo el tiempo que dure la comedia y también hemos cargado sobre nosotros la responsabilidad de protegerla a ella.

—Todo lo que ustedes quieran —repuso Carl con la firmeza del que se sabe pisando terreno seguro—. Lo cierto es que me necesitan. Y no pueden obligarme a representar ese papel si yo me niego a secundar sus planes.

—Usted será el primero en salir perjudicado si no acepta, Freyer.

—Perfectamente. Y ustedes se fastidiarán también. Nos fastidiaremos todos, hasta el pobre profesor Bahusen. ¡Vamos, hombre! ¿A qué viene eso de regatearle a un pobre preso un par de años de presidio, como si se tratara de un par de zapatos usados, de esos que no se ponen nunca y uno vacila en tirar a la basura?

Freyer dijo esto con acento de la más profunda indignación, y fue de ver entonces al subintendente Rice W. Yates poniéndose una mano ante la boca para disimular su sonrisa.

—¡Freyer! —rugió Gillman—. ¡Es usted un fresco y se está aprovechando del hecho innegable de que le necesitamos!

Carl guardó silenciosa impasibilidad y Gillman bufó:

—Naturalmente, no puedo tomar ninguna decisión sin previa consulta con el «attorney». Puede usted retirarse, Freyer —dijo, señalando la puerta con un movimiento de cabeza.

—Un momento, Freyer —dijo el subintendente Yates—. Usted es súbdito de los Estados Unidos. ¿Será necesario recordarle que existe una ley sobre actividades antiamericanas, y que la seguridad del profesor Bahusen es para el Estado tan importante, pongamos, por ejemplo, como la seguridad de los secretos sobre, la bomba atómica?

—No siga —repuso Carl con una sonrisa—. Sé adónde quiere ir a parar. Seré mudo como un difunto.

—Pues, nada más —concluyó Yates, indicando a la puerta que se abría.

Carl Freyer cruzó por delante de la señorita Bahusen y se dejó conducir por el ordenanza hasta que éste le puso en manos de un guardián.

Poco después, Carl se reintegraba a la fila gris de presidiarios que salía ya del comedor en dirección a las celdas.

—Oye —le preguntó uno de sus compañeros de celda—. ¿Para

qué te quería el «viejo»?

—Yo había enviado una solicitud por aquella plaza de profesor de alemán que salió en el boletín de la prisión.

—¿Y te la aceptaron?

—Creo que voy a ser trasladado a otra penitenciaría —aseguró Freyer, tranquilamente.

CAPÍTULO II

Parecía un sueño, pero estaba volando a través de la inmensidad de los Estados Unidos a bordo de un confortable avión, en ruta directa hacia Nueva York.

Aquella gente, pensaba Carl, estaba «majareta» perdida. ¡Figúrense que hasta le habían puesto un avión de línea especial casi para él solo! No en balde apretaba el Gobierno el tomillo de los impuestos, claro. Esto era derrochar el dinero de verdad. ¡Un avión de cuatro motores y más de sesenta plazas para llevarle solamente a él, a miss Bahusen y a un par de policías!

¿Decían ustedes?

¡Oh, naturalmente! Ni siquiera le habían hecho sufrir achaques en la duda de si aceptarían sus condiciones o no. El «attorney» debió contestar enseguida afirmativamente: «¡Sí, hombre, sí. Prométanle a Freyer a condonación total, y acabemos!».

Y ahora, Carl se encontraba sobre un avión en vuelo hacia la costa del Atlántico. ¡Era un «tío» con suerte! ¡Caramba!

—Por favor, Freyer. ¿Me escucha usted?

Carl, apartando bruscamente a un lado sus pensamientos, se volvió a mirar a la señorita Bahusen.

—¿Cómo decía? ¡Oh, perdone..., me había distraído!

—Sí. No ha hecho usted más que distraerse desde que salimos de San Francisco. Veamos, repítame lo que le estaba diciendo.

—Oiga, nena, no se ponga así. No sabe lo fea que está adoptando ese horrible aire de institutriz. Si al menos...

—¡Alto, señor Freyer! —«*Fraulein*» Bahusen se expresaba ahora en alemán. Y su talante era verdadera mente muy desagradable—. Basta de confianzas y atégase exclusivamente a su papel. Esto no es un juego en contra de lo que usted parece haberse creído. Y se lo

advierto muy seriamente; o presta atención a mis lecciones, o renuncio a hacer de usted un doble de mi hermano, y hago que le envíen de nuevo a San Quintín. ¿Está claro?

La alegre sonrisa de Carl Freyer fue helándose a medida que la señorita Bahusen hablaba. Y cuando ella nombró San Quintín, los labios de Carl se plegaron hasta formar una sola y delgada línea.

El capitán Mac Millan, que con el sargento Random, también del F. B. I.,

se encontraba sentado en uno de los sillones de atrás de la desierta cabina, se puso prestamente en pie y se acercó a la pareja.

—¿Ocurre algo, *miss* Bahusen? —interrogó, mirando de ésta al pálido rostro de Carl.

—Temo que mi inglés no sea bastante bueno para hacer comprender al señor Freyer que esto es muy serio y debe procurar ceñirse a su papel —dijo la muchacha con el rostro arrebolado.

Mac Millan contestó:

—No se preocupe. Yo sí conozco un inglés que Freyer entenderá perfectamente.

Y así diciendo, atrapó de sopetón a Carl por las solapas y le puso en pie de un tirón.

Mac Millan era un hombre fuerte y zarandeo al «gángster» como un pelele mientras acercaba su rostro al de Carl y rugía:

—Entérate bien de esto, Freyer. Deja de hacer el idiota y procura poner mayor atención a todo lo que diga la señorita Bahusen. ¿Te has enterado?

—Quite esa zarpa de encima de mí —repuso Carl, sordamente.

—No corras tanto. Yo soy Mac Millan. ¿Sabes quién eres tú? ¡Un sapo indecente salido de las cloacas de Frisco!

—¡Quite esas puercas manos de mí, Mac Millan! —rugió Carl.

—¿Cómo has dicho? Repítelo, no lo he oído.

Carl Freyer no contestó. Su puño izquierdo se hundió con fuerza en el bajo vientre del capitán. El aire salió silbando roncamente por la abierta boca de Mac Millan, el cual soltó su presa y se inclinó llevándose las manos a la cintura.

Un formidable gancho de Freyer, cogiendo al capitán bajo la barbilla, levantó a éste un pie del suelo y le hizo salir reculando a través del pasillo contra los sillones, en donde Mac Millan cayó cuan largo era.

El sargento Random se puso en pie de un brinco y corrió por el pasillo entre los asientos lanzando una maldición.

Miss Estrella Bahusen dejó escapar un grito de terror.

La impetuosa acometida del sargento Random fue detenida en seco por Carl Freyer con un ágil esguince y un directo que alcanzó al policía en el caballete de la nariz.

Mac Millan, barbotando juramentos y maldiciones, se incorporó y corrió para atacar a Freyer por la espalda.

Freyer giró sobre sí mismo para hacer frente al capitán. Random sacó una corta porra de goma del bolsillo, corrió detrás de Freyer, que estaba obligando a Mac Millan a retroceder ante sus puños y le pegó con la porra en la cabeza.

Carl Freyer, se tambaleó, medio inconsciente. Mac Millan le alcanzó con su puño en la barbilla. Freyer fue a caer entre los brazos de Random, el cual le sujetó por detrás. El capitán se dispuso a dar al «gángster» un castigo apropiado a su rebeldía y enarboló sus enormes y velludos puños.

—¡No, no! —chilló miss Bahusen.

Y corrió a interponerse entre el capitán y el inmovilizado Carl. El puño de Mac Millan pudo haberle destrozado la cara, y todavía le alcanzó de refilón en un hombro. Miss Bahusen cayó sobre el sillón y el capitán corrió a incorporarla.

—Señorita Bahusen... ¡Válgame el Cielo, por poco la mato! ¿Se encuentra bien? ¿Le hice daño?

Carl Freyer, inmovilizado por detrás por el sargento del F. B. I.,

dejó de ofrecer resistencia. La señorita Bahusen se incorporaba ayudada por el capitán. Se tentó el hombro haciendo una mueca de dolor.

—¡Maldita sea tu estampa! —rugió Mac Millan, volviéndose de nuevo hacia Freyer con el puño enarbolado.

—¡Déjele... no le pegue! —suplicó la muchacha.

Mac Millan se acarició el mentón, en donde los nudillos de Carl habían dejado una marca amoratada.

—Está bien —rugió, fulminando al «gángster» con la mirada—. Vuelve a tu asiento, Freyer. Pero ¡por Dios, que voy a pisotearte las tripas como vuelvas a armar camorra!

Random soltó a Freyer, no sin pesar. Carl tiró de las solapas de

su chaqueta de cheviot, lanzó una mirada de desafío y volvió a ocupar su asiento junto a la señorita Bahusen. Los hombres del F. B. I.

regresaron a su sitio.

—¿Por qué no dejó a Mac Millan que me pegara? —preguntó Carl, ajustándose el nudo de la corbata. Y se rió—: No se habrá enamorado de mí, ¿verdad?

—Es usted un idiota engreído, Freyer —contestó la muchacha—. Merecía que le dieran una paliza. Y si me opuse, fue únicamente porque no nos serviría de nada con su bello físico desfigurado.

Carl hizo una mueca violenta.

—¿Así que fue solo por eso? —Gruñó malhumoradamente.

Estrella Bahusen no contestó. Después de unos minutos de silencio, dijo:

—Volvamos a empezar. Recuerde que mi hermano es ciego y anda cojeando ligeramente de la pierna derecha. Fue herido de gravedad por una bomba durante la guerra. Salga al pasillo y procure moverse según mis instrucciones. ¿Vamos?

Carl Freyer suspiró resignadamente poniéndose en pie.

* * *

Llovía sobre Nueva York cuando el avión tomó tierra en el aeródromo municipal de La Guardia, en el frío anochecer de aquella tarde de otoño.

Un grande y agrisado «Buick» esperaba a los viajeros en el extremo de una solitaria pista. Los pasajeros al abandonar el avión, corrieron, arrebujándose en sus gabardinas bajo la lluvia hasta el coche. Dos hombres ocupaban el asiento delantero, teniendo uno de ellos el volante.

—¿Todo bien, Mac? —preguntó el que se sentaba junto al conductor.

—Perfectamente, Dutton —contestó el capitán, tomando asiento a la derecha de *miss* Bahusen—. ¿Dónde vamos?

—A un hotel de tercera categoría de Brooklyn. Ésas son las instrucciones.

Mac Millan profirió un gruñido. El sargento Random fue a ocupar un sitio en el asiento delantero, y el coche se puso en

marcha.

Freyer, entre la señorita Bahusen y la ventanilla, levantó una mano para limpiar el ligero vaho que empañaba los cristales.

—Deje eso —le ordenó Mac Millan secamente—. No sabemos si no habrá alguien que haya venido a espiar nuestra llegada.

A Carl, todo este lujo de precauciones le parecía exagerado y le movía a risa. Todavía recordaba la forma subrepticia en que le sacaron de San Quintín, y le llevaron por un largo recorrido hasta el aeropuerto.

Cuando el «Buick» empezaba a rodar por la pista, dos automóviles surgieron por detrás de un edificio y se colocaron a su zaga.

«Más policías —pensó Carl—. ¡Qué divertido!».

El automóvil abandonó el aeropuerto. Estaba oscureciendo, y el asfalto de la carretera brillaba como una lámina de charol, despegándose en continuo y apagado chasquido de los neumáticos del automóvil.

Luego, el coche empezó a correr por anchas y rectilíneas calles en donde los edificios estaban cada vez más juntos y se hacían más altos. Ni un momento se separaron los coches seguidores del «Buick». Poco después, el «Buick» se detenía ante una casa de modesta apariencia. Era un hotel.

La lluvia arreciaba en aquel momento, así que, aun si hubiera habido alguien espiándoles, no debiera haberse sorprendido de ver al grupo cruzar apresuradamente la acera y subir los escalones para entrar en el hotel.

Una dama de cabellos blancos, con el aspecto gruñón que caracterizaba a las dueñas de pensiones donde suelen alojarse estudiantes y muchachas provincianas, condujo a los huéspedes por una escalera arriba hasta un corredor sobre el que se abrían varias puertas.

—Venga usted conmigo, Freyer —dijo el capitán Mac Millan, empujando a Carl dentro de una modesta habitación.

Carl se acercó a la ventana, apartando los visillos para mirar a la calle, mientras Mac Millan cerraba la puerta y gruñía:

—¡Apártese de esa ventana!

—¿No es un poco ridículo todo este lujo de precauciones? —interrogó Freyer.

—Eso no le importa a usted. Límitese a cumplir las órdenes que se le dan y no se meta en averiguaciones.

—Bien —dijo Carl, dejándose caer en el borde del lecho.

—Oiga, Freyer —dijo el capitán, contemplándole ominosamente desde el centro de la estancia—. Quiero repetirle la advertencia que le hice al comienzo de todo este jaleo. Es usted un presidiario en lo que podríamos llamar usufructo de cierta libertad condicional. Si usted fuera un chico verdaderamente listo, no intentaría escapar.

—¿Quién ha dicho que yo me proponga escapar? Contestó Carl.

—Es sólo una mala idea que se me ha ocurrido a mí. Piense que no tiene más que aguantar tres o cuatro semanas representando el papel que se le ha asignado y luego... ¡a volar! Será verdaderamente libre cuando esto acabe. Pero no intente esfumarse ni echar a perder nuestro plan, porque lo pasará mal.

Carl Freyer no contestó. Desde luego, no tenía la menor intención de malograr su buena suerte dándose a la fuga. Pero le sedujo la perspectiva de torturar a Mac Millan con el pensamiento de que acaso quisiera escapar, y se calló.

—Comerá usted aquí mismo —dijo Mac Millan—. No se asomará a la ventana, ni saldrá al pasillo ni hablará con nadie bajo ningún pretexto. Llame a ese timbre cuando necesite alguna cosa, y se le atenderá. ¿Comprendido?

Mac Millan abandonó la habitación, y Carl se ocupó en primer lugar de procurarse un poco de comodidad.

Se desembarazó de la gabardina y la chaqueta, aflojó los cordones de sus zapatos y encendió un cigarrillo, tumbándose en la cama con las manos por detrás de la nuca.

Era agradable, se dijo, poder permanecer allí cómodamente echado sin hacer nada. La sombría celda y los compañeros de San Quintín, estaban enormemente lejos. Era un hombre libre. No libre del todo, ya que no podía abandonar aquella habitación, salir a la calle ni ir a echar un trago en el bar de la esquina.

Pero todo se andaría con el tiempo. Aunque limitada también en ciertos aspectos, su libertad sería mayor cuando estuviera representando el papel de Hans Bahusen.

Mac Millan había dicho a la señorita Bahusen que, si todo salía según lo previsto, ella y su supuesto hermano serían conducidos a un apartado y agradable lugar, probablemente en las proximidades

del Gran Cañón del Colorado, donde se les alojaría confortablemente lejos de la curiosidad de la gente, de los periodistas y de los agentes del servicio de espionaje extranjero que andarían buscándoles como locos.

Los seductores pensamientos de Freyer fueron interrumpidos poco después por unos golpecitos en la puerta y la entrada de la dueña del hotel acompañando a una muchacha que traía su cena en una bandeja.

—Si quiere algo más, no tiene más que pedirlo —dijo la dama.

—Sí —contestó Freyer maliciosamente—. Váyase y deje aquí a la chica.

—¿Le es igual que sea yo quien se quede? —repuso la mujer.

—¡Por Dios! —exclamó Carl, echándose a reír.

La dueña salió —llevándose a la chica, por supuesto—, y Carl acercó una silla a la mesilla disponiéndose a cenar con buen apetito. Estaba para terminar cuando volvieron a llamar a la puerta con discretos golpecitos.

—Adelante.

Pero no fue la puerta del pasillo la que se abrió, sino otra lateral que al parecer comunicaba con la habitación de al lado. *Miss Estrella Bahusen* metió su rubia cabeza por la abertura e inquirió:

—¿Se puede pasar?

—Vea si no tiene los pies atados.

Ella se miró a los pies. Luego, comprendiendo la burla, se sonrojó haciendo un mohín de disgusto. Entró.

Carl Freyer dejó escapar un silbido modulado.

—¿Qué ocurre? —preguntó *miss Bahusen*.

Carl la contemplaba con regocijada sorpresa. Aunque conservando todavía la arrugada falda de su traje sastre, *miss Bahusen* se había desprendido de la ajustada y mal cortada chaqueta. Ahora aparecía vestida con una camisa de corte masculino, la cual no sólo le sentaba maravillosamente bien, sino que ponía de manifiesto la firmeza juvenil de un busto cuya existencia jamás hubiera sospechado nadie debajo de su horrenda chaqueta sastre.

Miss Bahusen, naturalmente, recogió la intención de la mirada de Freyer. Y entonces, una ola de rubor le subió por el blanco cuello, inundándole el rostro hasta la raíz de su rubia y alborotada

cabellera.

De pronto, y como si no pudiera sostener la provocativa mirada del hombre, *miss Bahusen* volvió su sofocado rostro a un lado. Carl se adelantó de un brinco y, antes que ella pudiera evitarlo, le arrancó las gafas de un manotazo.

—¡Freyer! ¿Qué hace usted? —gritó *miss Bahusen* indignamente.

Carl retrocedió un paso y se detuvo con el aliento entrecortado. Porque aquella muchacha que tenía ante sí no era propiamente la *miss Bahusen* que él había conocido hasta este momento, sino una mujer completamente distinta, de una belleza delicada, temblorosa, nueva, ingenua y maravillosa.

—Me lo figuraba —murmuró Carl, con voz enronquecida—. Temía que estaba ocultando algo bajo esas horribles gafas.

Las grandes, azules y límpidas pupilas de *miss Bahusen*, arrojaron destellos de furia.

—¡Devuélvame mis gafas, Freyer! —gritó, dando un paso adelante.

—Ni lo sueñe, *miss Bahusen*. Está usted mucho mejor así... ¡Cielos, si no puedo creer que sea tan bonita!

—¡Deme las gafas! —repitió la joven. Y se abalanzó sobre Carl para quitárselas.

Carl escondió las gafas a sus espaldas y *miss Bahusen* fue a estrellarse contra su pecho, pugnando por alcanzar la mano que Freyer escondía detrás. Carl la ciñó estrechamente por el talle.

—¡Freyer! ¡Freyer! —exclamó la muchacha furiosa y ahogadamente, pugnando por desasirse del abrazo de él. Y levantó su rostro.

Entonces, un demonio se apoderó del espíritu de Carl Freyer. Nunca sabría con exactitud qué cosa fue lo que le impulsó a hacer aquello; si el contacto del tibio y tembloroso cuerpo de ella, si su aliento perfumado y ardoroso que le acariciaba las mejillas, o el brillo de aquellas grandes y luminosas pupilas.

Se inclinó y la besó, larga, rabiosamente en los labios.

Ella le golpeó con los puños en el pecho, debatiéndose impotente entre sus fuertes brazos, pugnando por separar sus labios de aquellos otros candentes que oprimían los suyos.

—¡Freyer, maldita sea! —rugió una voz.

Carl la soltó con brusquedad. Pálido, aterrado, se miró en las

pupilas de la muchacha. Nunca olvidaría el brillo aniquilador de aquellos hermosos ojos. El asco, el desprecio y el odio centelleaban allí fulminándole como rayos.

Mac Millan cruzó la habitación como un bólido y cayó sobre Carl con el ímpetu de una catapulta. Los dos hombres fueron a caer encima del lecho, que crujió y estuvo a punto de venirse al suelo.

Un bestial puñetazo en la mandíbula hizo saltar un millón de estrellas ante los ojos de Carl Freyer. Mac Millan le agarró del pecho, le puso en pie, y volvió a derribarle de un puñetazo entre los ojos. Saltó sobre él, dispuesto a aporrearle.

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡Por Dios, piense en mi hermano! —gritó la señorita Bahusen, corriendo a sujetar por detrás el hercúleo brazo que iba a caer sobre el rostro de Freyer.

—¡Maldita sea tu estampa mil veces, Freyer! —rugió Mac Millan, salpicando de saliva el rostro de Carl, al hablar—. ¡Te juro que he de machacarte los sesos un día de éstos, grandísimo bribón!

—Por favor, Mac Millan... —suplicó la aterrada muchacha.

El policía abandonó a Carl sobre la cama. Se enderezó resollando con fuerza. Carl rehuyó mirarle a la cara mientras se incorporaba a su vez. Jamás había sentido tan pequeño, tan vil ni tan profundamente avergonzado como en aquel momento.

Tomó asiento en el borde del lecho y clavó obstinadamente la vista en la arrugada alfombra.

—¿Por qué entró usted aquí, *miss* Bahusen? —preguntó Mac Millan con violencia.

—Yo pensé que acaso pudiéramos ensayar un poco antes de irme a acostar. Era muy pronto todavía y... —balbuceó la muchacha.

—¿Sí? Bueno; espero que esto le sirva de lección. —Mac Millan cruzó la estancia para cerrar la puerta, volvió sobre sus pasos y señaló con el dedo la humillada figura del «gángster». Mire bien a ese sujeto. No es un hombre corriente, tal y como usted los ha conocido hasta ahora. No es un igual suyo, ¿comprende? Él estaba robando ya e iba a cachetes con la policía cuando usted todavía vestía pañales. Ha vivido más años de su vida en reformatorios y prisiones que en la calle. Ha entrado al pillaje en tiendas, bares, establecimientos bancarios y casas de vecindad. Y se jacta de ello. Volverá a ser encarcelado, dentro de un año o solamente unos meses. Y acabará su miserable existencia en la silla eléctrica o la

cámara de gas. Sus amigos habituales son ladrones, «destripa cajas», chantajistas, drogados y muchachas de burdel. Él no entiende su lenguaje, *miss Bahusen*. No cree en la honradez ni en la sinceridad de la gente. Para él sólo hay listos y tontos. Él se cree el listo, y usted es una tonta desde su punto de vista. No puede usted darle el mismo trato que a una persona decente y educada, ¿comprende?

Carl Freyer, aunque sin levantar la mirada, creyó percibir en el denso silencio que siguió a las palabras de Mac Millan el mudo asentimiento de cabeza de Estrella Bahusen. Y una garra de acero se clavó en su corazón.

Sintió rabia; rabia sorda y ciega contra Mac Millan, y todos los brutales policías que desde niño le habían golpeado con sus porras en los riñones y la nuca. Contra aquella honrada y estúpida gente que le ahuyentó apenas tuvo noticias de sus antecedentes penales. Era cierto que sus amigos eran ladrones, «destripa cajas», hampones y chicas de burdel. ¿Pero acaso le habían dado opción a escoger sus amigos, entre gentes más respetables?

Carl tenía mucho que oponer a las categóricas afirmaciones de Mac Millan, pero no dijo nada. ¿De qué había de servirle, al fin y al cabo?

—Y ahora, escúchenme los dos —dijo Mac Millan, después de hacer una pausa—. El profesor Bahusen saldrá mañana de Alemania en un avión especial de las Fuerzas Aéreas. Su aparato aterrizará en Terranova para repostarse de combustible. Bahusen echará pie a tierra y entrará a descansar unos momentos en un departamento del aeródromo. Nosotros deberemos llegar al aeropuerto de Gander dos horas antes que el avión del profesor. Bahusen entrará en los lavabos. Usted estará allí, Freyer, para efectuar el cambio de indumentaria. El hombre que salga del lavabo y vuelva al avión procedente de Alemania será usted. Y la señorita Bahusen le acompañará. Un par de horas después que nosotros nos hayamos marchado, el profesor Bahusen podrá tomar tranquilamente el aeroplano que nos condujo a nosotros y llegar a los Estados Unidos. ¿Han comprendido?

—Sí —dijo la señorita Bahusen.

—Bueno, pues. Vuelva a su habitación... y no olvide de correr el pestillo por la parte de dentro. Y en cuanto a usted, Freyer... ¡ándese con mucho cuidado! La escena de hoy no puede repetirse

en lo sucesivo. No le digo más.

Las dos puertas de la habitación se cerraron casi al mismo tiempo. Y en la de comunicación con el cuarto de *miss* Bahusen se escuchó el deslizarse del cerrojo al ser echado por dentro.

Los labios de Carl Freyer se plegaron en una mueca de desdén y amargura.

CAPÍTULO III

Cuando a la mañana siguiente desplegó el periódico, mientras desayunaba, los ojos de Carl Freyer, cayeron inmediatamente sobre un nombre que ya empezaba a serle familiar.

«Estados Unidos conceden visado de pasaporte al profesor Hans Bahusen», rezaba el titular. «En la actualidad está refugiado con su hermana en la Embajada norteamericana en Berlín Occidental».

Freyer dobló el periódico por aquella página y leyó atentamente la reseña mientras comía. El articulista no sólo conocía bien la biografía de Hans Bahusen. Indicaba también la posibilidad de que Bahusen llegara aquel mismo día o al siguiente a los Estados Unidos.

El capitán Mac Milán entró poco después en la habitación de Carl y éste le mostró el periódico.

—¿Cómo se permite publicar datos tan exactos sobre la inminente llegada de Hans Bahusen a los Estados Unidos? —preguntó.

Mac Millan contestó:

—No podemos impedir que un periodista bien informado publique lo que sabe en los periódicos. Además, en este caso no teníamos gran interés en ocultar la llegada del profesor. Hasta cierto punto, es conveniente dejar rastro de su paso que conduzca a sus perseguidores hasta un falso profesor Bahusen. Mientras el servicio de información extranjero tiene sus ojos puestos en usted, el verdadero Bahusen estará alojado en un lugar próximo a Las

Vegas, entretenido en interesante conversación científica con un grupo de nuestros más preeminentes sabios atómicos. ¿Ha comprendido?

—Sí. Creo que sí.

—Bien —dijo Mac Millan. Y señaló al sargento Random, el cual estaba depositando una pequeña caja de madera sobre la mesa e iba a cerrar la ventana—. Ahora vamos a ofrecerle a usted una pequeña sesión de cine mudo.

—¿Es eso un proyector?

—Sí. Y vamos a proyectar para usted algunos rollos de película que le fueron tomados recientemente al profesor Bahusen mientras permanecía en su refugio de nuestra embajada en Berlín.

Mientras Random preparaba el proyector, Mac Millan fue a llamar con los nudillos en la puerta de comunicación con el cuarto de *miss* Bahusen.

Freyer sintió que enrojecía cuando la señorita Bahusen entró en su habitación, a pesar de que ella no le miró, acaso precisamente por esto. Carl había meditado largamente la noche anterior acerca de lo sucedido entre él y la muchacha, y creía que debía disculparse.

—Tomen asiento —dijo Mac Millan—. Y usted, Freyer, preste mucha atención.

Las luces de la habitación fueron apagadas y la proyección comenzó. Un hombre joven, vestido con terno gris oscuro, apareció en la pantalla. Llevaba gafas de sol y se apoyaba en un bastón.

—Éste es el profesor Hans Bahusen —anunció Mac Millan.

Debido quizá al exceso de luz y a la absorción de los colores, a Carl no le pareció que aquel hombre se le pareciera mucho. Pero siguió observando con interés.

Hans Bahusen empezó a andar seguido por la cámara y Mac Millan hizo que Carl se fijara en la peculiar manera de arrastrar la pierna, en la forma de sentarse con esta misma pierna extendida, en el tanteo del bastón y en la inclinación de los hombros del profesor.

—¿Cree que podrá hacerlo igual? —interrogó Mac Millan al terminar la película y ser encendida la luz de la habitación.

Carl Freyer, que aquella mañana se sentía excepcionalmente bien dispuesto a aplicarse en su falso papel de profesor Bahusen, contestó:

—Lo intentaré.

Random fue en busca de un bastón y *miss* Bahusen le dio unas gafas ahumadas. Por espacio de más de dos horas, Freyer anduvo arriba y abajo de la habitación inclinando los hombros y arrastrando la pierna hasta que le dolieron los muslos de la espalda y la pantorrilla.

—Bueno —dijo Mac Millan, consultando su reloj—. Yo creo que con esto hay bastante para cubrir el expediente. Prepárense ahora. Hemos de tomar el avión para Terranova a las doce en punto.

Breves minutos más tarde el grupo abandonaba el hotel y, usando de las mismas precauciones del día anterior, se trasladaba en un automóvil al aeródromo de Floyd Bennett, de la Marina, en el extremo sudoriental de Brooklyn.

* * *

Como en Nueva York la tarde anterior, una fina llovizna caía sobre el aeropuerto internacional de Gander, en la isla de Terranova, cuando el viejo aeroplano «Mitchell» de la «Navy USAF», tomó tierra poco después de las cuatro de la tarde.

También aquí rodó el avión hasta el extremo de una poco frecuentada pista. Mac Millan y Random, habían precedido ya a *miss* Bahusen a tierra cuando Freyer retuvo a la muchacha, tocándole ligeramente en un brazo y le dijo:

—Antes que empiece este asunto, *miss* Bahusen, ¿querrá perdonarme por lo de anoche?

—Está perdonado —repuso la chica con sequedad.

—¿Y... olvidado?

Ella le volvió la espalda sin contestar y descendió del aparato.

El teniente Dutton, que también formaba parte de la comparsa de acompañamiento, se quedó con Freyer en el aparato durante un rato.

Luego, Freyer y Dutton descendieron a su vez, y dando un largo rodeo bajo la fina llovizna alcanzaron la trasera del pabellón contiguo a la gran sala de espera del aeropuerto.

El avión del profesor Bahusen tenía anunciada su llegada para las 6:15 de la tarde, pero mucho antes de esta hora, Freyer se encontraba con el teniente Dutton en la terraza del pabellón, al

resguardo de un pequeño alero, fumando nerviosamente mientras contemplaba la incesante llegada y salida de gran número de aviones de pasajeros.

Mientras tanto, en la sala de espera, un grupo de periodistas americanos y canadienses asediaban a «*fraulein*» Bahusen bajo la atenta y severa inspección del capitán Mac Millan.

Exactamente a las 6:05, el avión militar que conducía al profesor Bahusen tomó tierra en una de las pistas y vino rodando hasta detenerse cerca del pabellón. Dutton se había agenciado en alguna parte un par de prismáticos que ofreció a Freyer.

Carl asestó los prismáticos sobre el reducido grupo de gente que venía hacia el pabellón, rodeado de un cordón de policías americanos vestidos de paisano.

En el centro del grupo, un hombre evidentemente joven, vestido con un grueso abrigo oscuro, el negro sombrero atascado hasta los ojos protegidos con unas gafas ahumadas, se acercaba arrastrando una pierna, apoyándose en un bastón.

Era Hans Bahusen.

—Bajemos —dijo Dutton.

Los dos hombres abandonaron la terraza y descendieron por la escalera hasta los lavabos. Dutton cerró la puerta y se apoyó de espaldas contra ella mientras Freyer se quitaba el sombrero y la húmeda gabardina.

La espera empezó a prolongarse más de lo debido.

—Bueno, ¿por qué no entra ya ese maldito profesor? —rezongó Carl, poniéndose nervioso a pesar suyo.

Llamaron con los nudillos en la puerta. Dutton entreabrió, y el sargento Random asomó su cabeza.

—¿Están aquí? Bien, el profesor viene enseguida. Está hablando ahora a los periodistas. Hay que dejar constancia de que el Bahusen que ha descendido del avión es el verdadero Bahusen. Cuando salgamos de aquí nos dirigiremos sin detenernos al avión. Ponga atención, Freyer, porque habrá muchos ojos puestos sobre usted al cruzar la sala de espera. Recuerde que volverá a San Quintín por otros cinco años si alguien descubre el engaño. ¡Y por Dios, que regresará allá con la cabeza abierta!

Carl apretó fuertemente los labios. Random se retiró.

Transcurrieron algunos minutos más. El sargento volvió a

asomar la cabeza y anunció:

—¡Ya vienen!

Afuera se escucharon rumor de pasos. Dutton hizo una imperiosa seña a Carl para que se pusiera tras la puerta. Mac Millan entró conduciendo del brazo al mismo joven pálido, ciego y cojo que Freyer había conocido aquella mañana a través de una película.

Random entró tras el capitán, cerró la puerta y apoyó contra ella sus fuertes espaldas. Mac Millan hizo un imperioso ademán en dirección a Carl y se inclinó sobre el oído del ciego.

—Bueno, profesor Bahusen. Lo siento, pero tendrá que desnudarse ahora. Aquí está el hombre que hará de doble suyo.

El joven profesor asintió con la cabeza. Tendió a tientas su bastón, que Dutton recogió. Luego se quitó el sombrero y empezó a desabrocharse el abrigo.

Carl Freyer se quitó sus ropas con rapidez. Las prendas, al ir de uno a otro, pasaron todas por las manos del capitán Mac Millan.

Cambiaron todo; zapatos, calcetines, traje, camisa, corbata, sombrero, abrigo y gafas. Al quitarse las gafas ahumadas, los grandes y azules ojos de Bahusen quedaron mirando al vacío con aquella fijeza ausente, propia de los ciegos. Eran unos ojos muy parecidos a los de Estrella Bahusen. Y Carl, sin saber por qué, se sintió emocionado.

—Su reloj, por favor —apuntó Mac Millan.

Bahusen, al parecer, no entendió la insinuación del capitán. Carl repitió en alemán:

—Debe desprenderse usted de su reloj, Bahusen.

—¡Oh, perdonen! —exclamó Bahusen. Y se quitó el reloj. Todos sus movimientos eran dóciles y sumisos como los de un niño. También tenía sonrisa de niño. Carl sintió compasión de él.

El cambio de indumentaria ya estaba hecho. A Carl le apretaban los zapatos de Bahusen. También la chaqueta le quedaba estrecha de hombros. Pero el abrigo era ancho y ocultaba este defecto. Carl se colocó las gafas y tomó el bastón que le ofrecía Dutton.

Inesperadamente, Bahusen extendió el brazo y dijo:

—Permítame estrechar su mano, caballero. No le conozco y jamás podré comprobar si realmente se parece a mí, pero usted es uno de los que me están ayudando y quisiera que aceptara mi amistad y mi agradecimiento.

Freyer miró dubitativamente a Mac Millan y a Dutton. El capitán asintió con la cabeza. Carl alargó su enguantada diestra, estrechó con fuerza la mano del joven y murmuró:

—Gracias a usted, Bahusen. Procuraré remplazarle lo mejor que pueda. Adiós.

Mac Millan y Random se prepararon para salir acompañando al falso profesor Bahusen.

—Incline esos hombros, Freyer. Ponga la pierna rígida y cierre los ojos. Así parecerá que está realmente ciego.

Carl Freyer hundió el pecho, envaró la pierna y cerró los ojos. Salió del lavabo apoyado en el brazo del capitán Mac Millan, ojeando a lo largo de lo que debía ser un corredor, hasta que escuchó el gemido de unas puertas de batientes y percibió el rumor de numerosas conversaciones.

Una voz dijo autoritariamente:

—¡Por favor, dejen en paz al profesor! No tiene más que añadir a lo dicho... ¡Paso... échense atrás!

El fogonazo de varias lámparas de destello pasó a través de los cerrados párpados de Carl Freyer. Una mano suave se apoyó en su brazo derecho, y la queda voz de Estrella Bahusen murmuró en alemán:

—¿Todo bien, Hans?

—Sí, querida —contestó Carl en voz baja y en alemán.

Conducido por Mac Millan y Estrella Bahusen, Carl cruzó la sala de espera con los ojos cerrados. El frío soplo del viento que le daba en el rostro le anunció que acababan de salir del pabellón.

Entonces abrió los ojos. El avión estaba posado en la pista, a unas cien yardas de distancia, y a su alrededor se movían los policías conteniendo y rechazando a los tenaces periodistas que seguían disparando los objetivos de sus cámaras fotográficas.

—Muy bien, Bahusen... muy bien. Siga así —murmuró Mac Millan cerca del oído de Freyer.

El grupo, siempre asediado de los periodistas, cruzó la pista de hormigón que brillaba bajo la lluvia y alcanzó el avión. Estrella Bahusen subió la escalerilla, y Freyer le siguió tanteando los escalones con el bastón. Detrás de él seguía el capitán Mac Millan.

De pronto, algo candente y punzante alcanzó a Carl Freyer en la espalda, sobre el omóplato izquierdo, tirándole de bruces contra la

escalera.

Un grito de dolor brotó espontáneamente de los labios del joven. Sus pies resbalaron sobre los escalones, empujó a Mac Millan y le tiró al suelo.

Freyer, acometido de un fuerte dolor en las espaldas, apenas se dio cuenta de la agitación que su caída produjo entre el grupo de policías. Se vio tendido de bruces en el frío y húmedo hormigón, con muchos pies moviéndose atropelladamente a su alrededor... Alguien hizo sonar un silbato.

—¡Allí está el humo! —gritó una voz—. ¡Dispararon desde la azotea del pabellón!

Unas lámparas de destello relampaguearon, un periodista fue lanzado al suelo junto con su cámara a impulsos del empujón del sargento Random.

—¡Fuera, fuera de aquí!

Levantando ligeramente el rostro del frío asfalto, Freyer vio a los policías corriendo desatentamente a un lado y otro. Aquí y allá se veían pistolas en las manos de los furiosos detectives. *Miss Bahusen* se arrojó junto a Carl. Le puso una mano sobre la cabeza y sollozó.

Era extraño que Carl se preguntara en aquel momento si el sollozo de *miss Bahusen* era real, o solamente formaba parte de la comedia que se estaba desarrollando.

—Le han herido en la espalda —dijo Mac Millan—. ¡Pronto, vayan a buscar un médico!

—No podemos tenerle aquí —apuntó alguien.

—Súbanle al avión —ordenó Mac Millan.

Medio inconsciente, Freyer fue llevado en volandas hasta la cabina del aeroplano. Allí le tendieron sobre unos almohadones en el piso. Le quitaron el abrigo y la chaqueta. Le rasgaron la camisa de arriba abajo.

Lejos se escucharon varios tiros de pistola.

Transcurrieron algunos minutos. La gente que se movía alrededor de Freyer hablaba en voz baja.

—Aquí llega el doctor —anunciaron.

Un hombre llegó y se inclinó sobre el postrado Carl. Unas manos, ágiles y frías como el hielo, le apretaron la espalda arrancándole un leve gemido de dolor.

—¿Es grave la herida? —preguntó Mac Millan—. ¿Tendremos que hospitalizarle aquí?

—La herida no es grave —repuso la suave voz de doctor—, aunque sí dolorosa; fue una suerte para él que el proyectil se detuviera en el omóplato izquierdo. Un poco más bajo le hubiera atravesado el corazón.

Carl Freyer se estremeció al pensar en lo cerca que había estado de morir. Mac Millan insistió:

—¿Pero podremos continuar el vuelo y llevarle a los Estados Unidos?

—Sí, no creo que haya peligro. Voy a extraer la bala. Luego le haré una cura y le administraré una buena dosis de penicilina. Con esto se mantendrá bien hasta que lleguen ustedes a su país.

Carl oyó el escalofriante sonido metálico de las herramientas al ser movidas en el fondo de un maletín.

Se desmayó al serle introducidas las pinzas que hurgaban y hurgaban en su desgarrada carne.

CAPÍTULO IV

Carl Freyer sentíase feliz ahora. Tal y como siempre había sospechado, la vida era en extremo agradable cuando a uno no le apremiaba la imperiosa necesidad de conseguir dinero de alguna parte para poder comer.

Se estaba muy bien allí, a medias echado en una hamaca bajo la densa y fresca sombra del alero del porche. La casa era un auténtico rancho del típico Oeste, si bien mucho más confortable de lo que el puro tipismo exigiría en este caso. Era, por supuesto, el rancho de alguna persona rica y caprichosa a quien Carl no conocía, pero del cual alababa su buen sentido de la comodidad.

El edificio principal era grande, espacioso, con anchos ventanales provistos de persianas que graduaban la luz. Rojos ladrillos enmarcaban puertas y ventanas, formaban la chimenea y los escalones de acceso al pórtico. Altos, retorcidos y frondosos pinos, mitigaban la acción de un sol demoledor sobre el tejado y las paredes de rústica piedra.

¡Ya lo creo que le gustaba a Carl el rancho!

Ante la fachada principal se extendía una ancha y aterciopelada alfombra de césped. Enfrente verdeaban las aguas de una enorme piscina.

Desde el pórtico, Carl podía ver el corral con su pintoresca cerca de troncos, las cuadras y la torre del molino de viento que bombeaba agua del pozo para las necesidades de los seis cuartos de baño y demás servicios de la casa.

Para llenar la piscina se recurría a un motor-bomba Diésel que subía el agua desde el Pequeño Colorado el cual corría entre rocosos peñascos a espaldas del edificio.

A la izquierda estaban las engañosamente rústicas cabañas de

troncos de los vaqueros y personal del servicio.

Pero no había vaqueros ahora. Y en cuanto al servicio doméstico, se reducía a un par de mujeres y un perezoso mejicano que hacía un poco de todo.

El rancho se levantaba sobre una colina. A un tiro de fusil, por el noroeste, se extendía el fascinante Desierto Pintado que Zane Grey y otros novelistas habían descrito repetidamente en sus novelas. A la derecha quedaba el Walnut Canyon, monumento nacional.

El lugar era tranquilo y solitario, con las ventajas que reportaba la proximidad de Winslow —a treinta millas escasas por carretera— con su gran aeropuerto en donde se detenían todos los aviones de las rutas comerciales del Oeste. Era allí, en aquel aeródromo donde dos semanas antes había tomado tierra el avión que condujo a Carl Freyer, a *miss* Bahusen y a su comparsa de detectives desde Nueva York.

Carl había pasado muy malos ratos por causa de aquella herida, en especial los dos días que estuvo en un hospital militar de Nueva York.

Pero ahora se sentía perfectamente. La herida había cicatrizado rápidamente en el aire seco y sano del desierto. Comía como un caballo y dormía a pierna suelta. Era feliz, en suma. El peligro que pudiera sobrevenir de su falsa interpretación del papel de Hans Bahusen parecía desterrado de esta serena y tranquila atmósfera.

Y Estrella Bahusen estaba allí con él.

Carl hubiera podido difícilmente explicar los contradictorios sentimientos de ternura y enojo que la chica le inspiraba... ¡Oh, ella no había echado en olvido, ciertamente, aquel desdichado arrebato suyo del primer día en Nueva York!

Porfiada y deliberadamente, ayudada en ocasiones por el oficioso Mac Millan, ella trataba de evitarle. Pero esto no siempre era posible, estando ambos obligados a una ficción que les forzaba a permanecer juntos la mayor parte del día.

En efecto, sus habitaciones eran contiguas y se comunicaban por una puerta que *miss* Bahusen tenía buen cuidado en cerrar todas las noches con pestillo. Pero la muchacha tenía. Entre sus obligaciones la de acompañar a su supuesto hermano hasta su habitación, en donde figuraba ayudarle a meterse en la cama.

Miss Bahusen había sido una especie de lazarillo para su

hermano y, mal que le gustara, tenía que seguir siéndolo de Freyer mientras durara la comedia.

Ella era la primera en entrar en su habitación por la mañana. Le llevaba el desayuno —suponiéndose que le ayudaba a tomarlo—, le acompañaba del brazo hasta el pórtico, le mondaba la fruta en las comidas y le leía en voz alta un rato todas las noches, antes de retirarse a descansar.

Esto resultaba muy divertido para Carl Freyer. Y si no hubiera existido otra razón más poderosa para obligarle a soportar las incontables molestias de su falso papel de profesor Bahusen, el placer de ver rabiar a la muchacha, de sentir su brazo temblar bajo el suyo y verla constantemente junto a él, habría bastado para animarle a continuar la comedia.

Mientras Carl estaba pensando todo esto, pudo ver a través de sus gafas ahumadas un gran vagón «Studebaker» que subía por la carreterilla asfaltada de la colina.

Unos instantes después, el «Studebaker» se detenía ante la casa y Estrella Bahusen echaba pie a tierra.

—¡Hola, Hans! —saludó desde lejos—. ¡Ya estamos de vuelta!

Mac Millan apareció en el pórtico y se quedó mirando cómo el detective que guiaba el auto depositaba una montaña de paquetes en los brazos del sargento Random, que era quien había acompañado a la muchacha en su rápido viaje a la ciudad.

—Hola, *miss* Bahusen —dijo Mac Millan a la chica cuando ésta se acercaba—. Esa visita a Winslow parece haber sido fructífera. ¿Qué traen ustedes ahí?

Estrella Bahusen, que aún con sus horribles gafas parecía mucho más bonita hoy en razón de los colores y la excitación de su rostro, contestó:

—¡Oh, la mar de cosas! Pero no se lo voy a decir ahora. Es un secreto. Luego lo verán —la joven se dejó caer en una de las hamacas del pórtico, se abanicó con una revista y exclamó—: ¡Uf, qué calor! Voy a bañarme en la piscina.

Miss Bahusen entró en la casa seguida del sargento con su montaña de paquetes. Un anticuado y renqueante «Ford» subía por el camino de la colina. Mac Millan dijo:

—Ahí llega el doctor Brandt.

Poco después el «Ford» se detenía ante la casa. El doctor Brandt,

alto y delgado, se apeó del coche y vino hacia los ocupantes del pórtico con su maletín en la mano.

—¿Qué tal, míster Browne? ¿Podremos hoy quitarle definitivamente esa venda? —inquirió alegremente.

Browne era el nombre por el cual había conocido el médico a Carl Freyer cuando éste fue entregado a sus cuidados. Brandt había visitado regularmente al herido dos veces por semana, pero al presente sabía de su cliente tan poco como al principio. Lo cual, con toda lógica debía excitar enormemente su curiosidad.

Mac Millan ayudó a Freyer a quitarse el suéter y la camisa, permaneciendo junto a este mientras el médico examinaba la sonrosada cicatriz de la espalda del herido.

—Bueno, míster Browne —dijo el doctor con acento satisfecho—. Ya no es necesario que lleve usted venda alguna. Sol y aire es todo lo que esta cicatriz necesita ahora.

—Tome un *whisky*, doctor —invitó Mac Millan mientras ayudaba a Freyer a vestirse—. Y díganos cuánto le debemos para pagarle enseguida.

Brand citó una cantidad.

—Por favor, ¿querrá extender una factura? —suplicó Mac Millan.

Brandt pergeñó rápidamente una factura, tomó el *whisky* con soda al que era invitado y recogió su maletín, volviendo al automóvil.

Mientras conducía su coche camino abajo hacia el empalme con la general, Brandt pensaba en los extraños habitantes de la casa de la colina. Era rara la impresión que sentía cada vez que iba allí en este par de semanas. Le parecía que siempre había un centenar de ojos avizores y desconfiados observándole desde algún lugar invisible.

Brandt sacó su viejo «Ford» a la carretera general y condujo distraídamente de regreso al pueblo. Inesperadamente, al tomar una curva, vio ante sí un tipo corpulento en mangas de camisa que le hacía desesperadas señas.

A un lado del camino había detenido un coche. Varias herramientas estaban esparcidas por el suelo, y un segundo hombre contemplaba desalentado la llanta deshinchada de atrás del automóvil.

Brandt aplicó los frenos al coche.

—Hola, amigo —dijo el hombre corpulento, acercándose—. Perdone la molestia, pero hemos pinchado una rueda y acabamos de comprobar que tenemos el gato estropeado. Es lo que resulta de comprar un coche usado y no revisar cada pieza del equipo. ¿Usted sería tan amable que quisiera prestarnos el suyo?

El doctor, como hombre acostumbrado a moverse en el ambiente rural, había auxiliado numerosas veces a automovilistas en un percance parecido. Él siempre llevaba en su coche todo lo necesario para una reparación urgente.

—Tome la llave y abra mi baúl —dijo Brandt—. Encontrará allí el gato y cualquier otra cosa que necesite para cambiar la rueda.

El hombre tomó la llave y fue a sacar el gato. Luego, Brandt hizo retroceder su coche y maniobró para estacionarlo delante del otro.

El gigante de la camisa blanca se acercó al coche del doctor mientras su compañero empezaba a levantar la rueda pinchada. Era un tipo brusco, de nariz aplastada y boca grande de abultados labios. La poblada cabellera endrina le llegaba muy bajo sobre la frente estrecha.

—Me llamo Lupton —dijo, yendo a apoyarse en el marco de la ventanilla del coche del doctor—. ¿Hace calor, eh? Tome, ¿quiere un cigarrillo?

Brandt aceptó el cigarrillo.

—¿Turistas? —preguntó, aunque sin interés—. Vienen muchos por aquí para asomarse al Desierto Pintado.

—No. No somos turistas —contestó Lupton—. Yo soy corredor de fincas. Un amigo mío me rogó que le buscara una casa por estos alrededores. Los médicos han recomendado a su mujer un clima cálido y seco.

—¿Está la mujer de su amigo enferma del pecho? Esto es muy seco, no cabe duda. Si su amigo trae aquí a su esposa, mejorará. Hay mucha gente en esas condiciones por estos andurriales. Puedo asegurárselo. Soy médico y visito a la mayoría de ellos.

—¿Así que es usted médico? —inquirió Lupton con nuevo interés.

—Sí. De Winslow —dijo Brandt, señalando con el cigarrillo.

—Ya sé. Nos detuvimos allí para hacer unas indagaciones. Por cierto, nos dijeron que había por aquí una hermosa casa

deshabitada, a la derecha de la carretera. ¿Sabe usted si está lejos?

—Si se refiere al rancho de míster Freeman, no, No está lejos. No tiene más que asomarse a esa curva y la verá en lo alto de la colina. Es una hermosa casa, en efecto. Pero puede ahorrarse el viaje. Está ocupada.

El grasiento rostro de Lupton se contrajo en una mueca de contrariedad.

—Vaya, no es eso lo que nos dijeron en el pueblo. ¿Vive el señor Freeman en la casa?

—No él, sino otros forasteros. Lo sé de buena tinta. Como que vengo de allí en estos momentos.

—¿Algún enfermo del pecho también? —Inquirió Lupton, sacudiendo la ceniza de su cigarrillo.

—No, éste no está malo del pecho, sino de la espalda —contestó el doctor echándose a reír.

—¿Amigos de Freeman, quizá?

—No sé. Son una gente muy rara.

Lupton guardó unos minutos de silencio.

—Bueno —dijo finalmente—. Quizá vayamos, de todas formas. Así sabremos si tienen la casa alquilada o todavía puede comprarse.

—Como ustedes quieran —repuso el doctor—. Pero ándense con cuidado. Hay siempre un tipo con un rifle dando vueltas a la casa. Ya le digo, son una gente muy rara.

—¿Muy poco sociable, quiere decir?

—Eso es exactamente; muy poco sociable —afirmó el doctor.

El corpulento corredor de fincas aspiró profundamente el humo de su cigarrillo. Echó una mirada al compañero que estaba quitando la llanta.

—Siento mucho causarle este trastorno, doctor —dijo, haciendo una mueca—. Debe ser usted una persona muy ocupada. Nosotros hemos de volver por Winslow luego. ¿Quiere que le llevemos personalmente el gato a su casa?

—Miren, pueden dejarlo en la estación de servicio que hay a la entrada del pueblo. Yo lo recogeré luego cuando pase por allí.

—De acuerdo —repuso el gigante, separándose del coche—. Espere que vaya a cerrarle el baúl. Y muchas gracias por todo.

—No hay de qué —dijo Brandt, poniendo en marcha el motor.

Poco después el «Ford» se alejaba envuelto en una nube de

polvo. Lupton le estuvo mirando pensativamente hasta perderlo de vista. Luego tiró el cigarrillo al suelo, lo aplastó con la punta del zapato y regresó donde su amigo manipulaba con la rueda de recambio.

—Los tenemos, Stacey —aseguró con acento satis fecho—. La chica que vimos en Winslow era la hermana del profesor. Y él, Bahusen, debe ser el enfermo de la espalda a quien el doctor va a visitar.

Los ojos de Stacey, unos ojos saltones de extraño color purpúreo, se animaron en la severidad de un rostro largo y delgado, impreso de cierto aire de fúnebre melancolía.

—¡Cuernos, Fred! Eso es lo que se llama tener suerte. No tardamos mucho en dar con ellos, al fin y a cabo.

—De algo había de servirme haber estado quince años en el cuerpo de policía, ¿no crees? —contestó Lupton, envanecidamente.

—Seguro —contestó Stacey—. Hubieras llegado a ser un buen detective si no te expulsan de la policía pero creo que eres mejor espía que policía.

—Cuidado con el pico, Alp —gruñó Lupton—. ¿De dónde has sacado que soy un espía?

—Trabajamos para un país extranjero, ¿no es cierto?

—Nosotros somos detectives particulares y trabajamos en este asunto por cuenta de un cliente llamado Rockfellow. No lo olvides, Stacey. Sobre todo, no lo olvides si algún día te vieras en el caso de tener que comparecer ante un jurado.

Alp Stacey asintió tragando saliva con alguna dificultad.

—Sigue con la rueda —dijo Lupton—. Yo voy a echar una mirada a la casa con los prismáticos.

Stacey continuó en su tarea. Hacía buen rato que había terminado cuando Lupton apareció saltando por entre las rocas.

—¿Qué tal? —inquirió Stacey con ansiedad.

—Son ellos, no cabe duda. La chica se estaba bañando en la piscina. He visto a un tipo con gafas ahumadas en el pórtico de la casa, y a otros individuos rondando por allí. El de las gafas debe ser el profesor.

—Seguro que habrá muchos policías rondando la casa.

—Voy a volver allá arriba para estudiar el terreno y averiguar cuántos hombres hay en la casa. Ve tú a Winslow y telefona a

míster Rockfellow. Luego vuelve aquí con el coche, pero no pases de esa curva. ¿Entendido?

Un minuto más tarde, Alp Stacey se alejaba en el coche, y el corpulento Lupton volvía a trepar por las rocas con los prismáticos sobre la húmeda camisa.

* * *

Carl Freyer estaba preparado hasta cierto punto para recibir una sorpresa, pero la realidad superó en mucho a cuanto él había imaginado.

Miss Bahusen salió envuelta en un corto albornoz, cruzó por delante de él con altiva arrogancia y dijo:

—Voy a tomar el baño, Hans.

Carl la siguió con ojos estupefactos. Contuvo el aliento al detenerse ella junto al borde de la piscina, casi lanzó un gemido de dolor cuando la chica dejó caer el albornoz a sus pies. ¡Y él la había creído un adefesio!

Miss Bahusen trepó por la escalerilla del trampolín. Un momento se detuvo arriba, sobre el extremo cimbreado de la plancha, ajustándose el gorrito de goma. Su esbelta silueta, ceñida por el atractivo bañador rojo, se dibujó unos minutos sobre el azul fondo del cielo. Luego juntó las manos y saltó. ¡Una hermosa zambullida!

Carl alargó la mano hacia la botella y se sirvió una buena dosis de *whisky* con soda.

Miss Bahusen salió del agua poco después, se envolvió en el albornoz y pasó ante Freyer, diciendo:

—El agua está como el hielo.

Freyer continuó en el pórtico sumido en amargas reflexiones.

Poco después, Estrella Bahusen reapareció en la puerta y dijo:

—Vamos a almorzar, Hans.

Freyer la contempló a través de sus gafas con ojos estupefactos.

Por una vez, al menos, el sueño de Carl se había realizado. La joven no vestía ya uno de aquellos horribles trajes oscuros que él aborrecía. Su visita a las tiendas de Winslow había sido fructífera, y ahora veía una amplia falda estampada con una blusa sin mangas, muy atrevida de escote.

Calzaba elegantes zapatillas de alto y agudo tacón lo cual

hacíala parecer más alta y proporcionada, acrecentando seductora esbeltez a sus bonitas piernas.

Un collar de cristal de roca, unos grandes pendientes y otros adornos de fantasía completaban su sorprendente transformación. Estaba hermosísima, y su belleza hizo daño a Freyer, el cual exclamó:

—¡Vaya! ¿Lo guardaba todo en el baúl para sacarlo de una sola vez?

—¿Qué quieres decir, Hans? —interrogó ella en alemán. Pero sus azules pupilas chispeaban, y en toda ella resplandecía la vanidad satisfecha de la chica que se sabe guapa.

—Está bien, Estrella —dijo Freyer quejosamente—. Me rindo. Eres muy bonita.

Miss Bahusen enrojeció violentamente.

—Vamos —dijo, alargando su mano hacia Carl.

Freyer cogió aquella mano para ponerse en pie. Luego, su mano se cerró sobre el desnudo brazo de la muchacha para entrar en la casa.

El contacto de la mórbida y sedaña carne femenina por alguna razón desconocida, hizo estremecer a Carl.

* * *

El día siguiente fue muy caluroso.

Un ardoroso viento de Poniente sopló toda la mañana desde el desierto, arrastrando sofocantes nubes de polvo. Carl no pudo salir al porche y, obligado por su supuesta ceguera a permanecer inactivo en la casa, se aburrió enormemente.

Miss Bahusen había salido de excursión en compañía de Mac Millan y uno de los detectives de la escolta. Su propósito era visitar el Gran Cañón del Colorado.

Por la tarde, Carl se encerró en su habitación para, so pretexto de dormir la siesta, tumbarse en la cama y leer hasta que tuvo luz suficiente. Frecuentemente, su lectura se vio interrumpida por las pausas de su pensamiento errátil que huía hacia la encantadora imagen de *miss Bahusen*.

Al anochecer salió al pórtico. No llevaba más que unos minutos esperando cuando vio aparecer al auto de los excursionistas que

subía por el camino de la colina y se detenía ante la casa.

—¡Qué maravillosa excursión, Hans! —exclamó la muchacha apenas se hubo apeado—. ¡Qué lástima que no pudieras venir con nosotros!

—Bien, bien —dijo Freyer, impaciente—. ¿Es así como recibes a tu hermano tras todo un día de ausencia?

Miss Bahusen se sonrojó en la semioscuridad del avanzado anochecer. Varios detectives de la escolta se hallaban presentes, y *Carl* había proferido su queja en inglés.

Estrella Bahusen se le acercó, se levantó sobre la puntilla de los pies y depositó un leve y furtivo beso en la rasurada mejilla del expresidiario. Aunque tuvo que enfrentarse con la furiosa mirada de *Mac Millan*, a Freyer le pareció que el breve contacto de los sedientos labios de la chica le compensaba de su aburrimiento de todo el día.

Mac Millan, que había estado con la fuerza de ocupación en Europa y hablaba bastante bien el alemán, se acercó poco después a Freyer y le dijo al oído:

—Es usted el tipo más cínico y aprovechado que he conocido jamás, «profesor». Que pase por hermano de la chica, no le da derecho a abusar de su situación para obligarle a que le bese.

—¡Por Dios, capitán! —protestó *Carl*—. ¿No comprende que todo forma parte de la comedia? ¿A que resultará que está celoso?

Mac Millan se alejó refunfuñando:

—Le he de dar un escarmiento el día que esto termine.

Miss Bahusen, que se había ausentado para ir a arreglarse, compareció en el comedor al cabo de un rato. Llevaba otro de aquellos lindos vestidos adquiridos en Winslow y estaba encantadora con sus arrebatadas mejillas y sus azules ojos brillantes de excitación.

Naturalmente, no se habló de otra cosa durante la comida que de aquella emocionante e inolvidable excursión.

Después de comer, como de costumbre, los detectives que no estaban de servicio fuera de la casa se reunieron para jugar una partida de cartas. *Miss Bahusen* se excusó, alegando sentirse muy fatigada, y *sí* retiró temprano a su habitación.

Algunas noches, siguiendo lo que entre el verdadero *Bahusen* y su hermana debía ser inveterada costumbre, la muchacha se sentaba junto a *Carl* y leía en voz alta algún libro.

Carl escuchaba con los ojos cerrados, medio adormecido por la música de aquella suave voz. Y si alguna vez Freyer soñó en la apacibilidad de un hogar mantenido con su honrado trabajo, en una velada tranquila junto a la mujer amada, esta vez tuvo que ser forzosamente cualquiera de las noches en que Estrella Bahusen leía y él la escuchaba sin oírla.

Aquella noche, obligado en su papel de ciego a permanecer completamente inmóvil en su sillón, Carl se sintió aburrido y se retiró temprano también.

Un rayo de luz se filtraba por el estrecho resquicio debajo de la puerta que comunicaba la habitación de Freyer con la de *miss* Bahusen. Pero a poco de entrar Carl, la luz del cuarto contiguo se apagó.

Carl se desnudó al leve resplandor de la luna que entraba a través de las cortinas de gasa de la ventana, encendió un cigarrillo y se metió en la cama.

El recuerdo de los suaves labios de *miss* Bahusen sobre su mejilla, perduraba en su mente. Oyó distraídamente los pausados pasos del detective que hacía su ronda en torno a la casa, y oyó también la voz de Mac Millan que decía afuera:

—¿Todo bien, Kingman?

—Sin novedad, capitán. Todo está tranquilo —repuso una voz.

Mac Millan dijo:

—Me voy a acostar. Esa excursión a lomos de mula me ha destrozado los riñones...

El cigarrillo chamuscaba los dedos de Carl Freyer. Éste dejó la punta en el cenicero, subió el embozo de las ropas del lecho y colocó las manos cruzadas tras la nuca. Sus pensamientos fluctuaron errátiles de un lado a otro hasta que, insensiblemente, quedó dormido.

El ruido que le despertó debió ser algo parecido al seco restallar de un tablón al ser partido. Abrió los ojos y escuchó un grito. Enseguida un desgranar de rápidas, breves y agudas detonaciones.

Carl se incorporó como impelido por un muelle. Quedó sentado en el lecho, viendo encenderse por debajo de la puerta la luz de la habitación contigua. Varias puertas se abrieron. Una voz llamó fuerte y encolerizadamente. Un rumor de pies calzados en zapatillas se deslizó por el corredor.

Un rifle tronó afuera. Una ametralladora contestó. Los cristales de la ventana de Carl cayeron al suelo con estrépito. Los proyectiles silbaron al cruzar la habitación para ir a desconchar el yeso de una de las paredes.

Freyer saltó de la cama y fue a abrir la puerta.

Mac Millan venía corriendo por el iluminado pasillo. Iba descalzo, en pijama, el cabello erizado y los ojos espantados. En una mano llevaba una linterna y en la otra empuñaba una enorme pistola automática.

El policía se detuvo al llegar ante Freyer y gritó:

—¡Cierre esa puerta y cuide de *miss* Bahusen! ¡Alguien está asaltando la casa!

CAPÍTULO V

Apenas había proferido el policía estas palabras, cuando crepitó furiosa y estruendosamente la ametralladora.

Mac Millan lanzó un grito y cayó hacia atrás, llevándose las manos al rostro.

Freyer le miró un instante la cara llena de sangre, se estremeció y retrocedió de un salto, cerrando de golpe la puerta. Estrella Bahusen irrumpió despavoridamente en la habitación por la puerta que comunicaba ambos cuartos y corrió hacia Carl.

—¿Qué ocurre? ¿Qué... qué son esos disparos? —balbuceó en la leve claridad que llegaba desde su iluminada habitación.

Carl la sostuvo por los hombros. La muchacha vestía un pijama de seda, y Carl la sintió temblar bajo sus fuertes manos.

—Acaban de matar a Mac Millan ahí afuera... —Miss Bahusen se llevó las manos a la garganta dejando escapar un pequeño grito. Freyer continuó—: Alguien está asaltando la casa, y temo...

Un recio golpe, asestado al parecer contra la puerta con la culata de una pesada arma, interrumpió a Carl.

—¡Abran la puerta! —ordenó una voz imperiosa en el pasillo.

Miss Bahusen volvió a gritar abrazándose estrechamente a Freyer, ocultando su pálido rostro en el hombro de él mientras gemía:

—¡Dios mío, Carl! ¡Tengo... tengo mucho miedo!

—Pronto, miss Bahusen. Tenemos que probar a salir por la ventana o nos cogerán —apremió Carl, empujándola hacia el extremos opuesto de la habitación.

Pero apenas habían llegado al centro de la estancia cuando sonó un brutal golpe contra la puerta. Las maderas crujieron. Un fuerte patadón acabó de abrir la puerta de par en par, y una figura

sinistra apareció empuñando un fusil ametrallador «Thompson».

—¡Manos arriba! ¡No se muevan o les convierto en un colador!
—conminó el asaltante.

Carl se detuvo y la muchacha corrió de nuevo a abrazarse a él.

—Ven aquí, Lupton —dijo el hombre de la ametralladora en dirección al pasillo—. Creo que tenemos aquí a la pareja que andamos buscando.

Un hombre alto, macizo y cuadrado como una torre, se precipitó en la habitación apartando al otro. En una mano empuñaba un revólver calibre cuarenta y cinco y en la otra una linterna que apuntó sobre la abrazada pareja.

—¿Son ustedes los hermanos Bahusen? —inquirió él llamado Lupton.

Ni Carl ni la señorita Bahusen contestaron. Lupton apremió:

—Más vale que contesten rápido y digan si o no. Porque si no lo son...

Carl comprendió de pronto toda la importancia que podía tener su respuesta. Comprendió que si, Lupton y su gente se hubieran propuesto asaltar la casa para asesinar al profesor Bahusen, lo más seguro sería que dispararan sobre todo bicho viviente que encontraran, dejando las indagaciones para más tarde.

Por alguna razón que Carl todavía no se explicaba, los asaltantes no se proponían asesinarles inmediatamente. Carl, entonces, contestó:

—Sí. Yo soy el profesor Bahusen.

—Y ésa es su hermana, ¿verdad? Bien, amigo. Nos permitirá que lo comprobemos: ¡Sería una lástima que nos tiráramos una plancha después de haber corrido el riesgo! Max, enciende la luz.

El tipo de la ametralladora pulsó el interruptor. Otros dos hombres, uno de ellos armado con una ametralladora «Thompson», llegaron y asomaron sus patibularios rostros a la habitación.

—Seguid registrando la casa —ordenó Lupton sin volverse.

Los dos hombres se marcharon. Otros dos cruzaron el pasillo sin detenerse y el que parecía capitanearlos se acercó clavando en el rostro de Freyer sus pequeños, malignos y perspicaces ojos.

Lupton metió la mano en el bolsillo de su sobretodo y extrajo un arrugado recorte de periódico que cotejó con la cara del falso profesor Bahusen. Allí cerca, sobre un velador, estaban las gafas

ahumadas que Carl sólo se quitaba para dormir.

Lupton, no satisfecho al parecer con el examen, gruñó al coger los lentes y dijo:

—Póngase sus gafas, profesor.

Carl, sabiendo que su vida dependía quizá del tiempo que pudiera seguir engañando a sus raptos, alargó la mano a tientas, los ojos fijos en la distante pared como si no viera.

Lupton le metió los lentes en la mano, y Carl se los puso.

—¡Ajá, esto es otra cosa! —exclamó Lupton, satisfecho—. Bueno, profesor. Siento decirle que sus vacaciones han terminado y tiene que seguirnos con su hermana.

—¿Dónde me llevan? —preguntó Freyer, en aquel mal inglés con acento alemán que había aprendido de *miss Bahusen*.

—Por lo pronto vamos a llevarle a otro refugio que acaso no sea tan lujoso como éste, aunque probablemente sea más seguro. Luego... No sé. Quizá haya un submarino esperándoles en la costa del Pacífico para llevarles de nuevo a Europa. ¡Eh! ¿No les gusta eso, verdad? —Lupton se echó a reír de la expresión de horror del rostro de *miss Bahusen*—. Bueno, vístanse ahora a la carrera, que no podemos perder tiempo.

Estrella Bahusen, asida de la mano de Freyer, siguió sin moverse.

—¿No me ha oído? —gritó Lupton—. ¿O es que quiere que entre yo con usted a ayudarla?

Carl oprimió suavemente la fría y temblorosa mano de la muchacha.

Ella, entendiendo el mensaje, se desasíó y entró en su cuarto cerrando la puerta.

—No cierre del todo. Déjela así —dijo Lupton metiendo su pie entre la puerta y la jamba.

Un sujeto de rojizos cabellos, ojos saltones, cara alargada y triste, entró en la habitación.

—Hay dos sirvientas en la casa, Fred. ¿Qué hacemos con ellas?

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¡Pero si son dos pobres mujeres! —protestó el pelirrojo.

—Puede que algún día te encuentres a esas «pobres» mujeres en el banco de los testigos, Stacey. Y no creo que te gustara pensar que ibas a la silla eléctrica por su testimonio, constanding que tuviste la

oportunidad de cerrarles la boca. ¡Despáchalas!

Stacey inclinó la cabeza y abandonó el cuarto, pasando sobre el cadáver de Mac Millan, que estaba atravesado ante la puerta. Lupton, malhumorado al parecer, tomó de una silla los pantalones de Freyer y los arrojó a la cara de éste.

—¡Tome y vístase pronto!

Prosiguiendo su papel de ciego, Carl tomó asiento en el borde del lecho para ponerse los pantalones encima del pijama. Estaba abrochándose los zapatos cuando sonó un tiro de pistola.

Freyer levantó vivamente la cabeza. Se oyó un agudo grito de mujer. Y enseguida otro pistoletazo que cortó en seco el grito.

—Siga vistiéndose, profesor. No podemos perder mucho tiempo aquí —dijo Lupton secamente.

Carl se puso el resto de las prendas. Lupton se acercó nuevamente a la puerta del cuarto de *miss* Bahusen y llamó:

—¿Termina usted, o no?

Estrella Bahusen salió del cuarto. Habíase puesto unos largos y bastante ajustados pantalones, un suéter de lana con cuello alzado y una chaqueta de piel de ante. Era el mismo atuendo que había llevado el día anterior para la excursión hasta el Gran Cañón.

—Bueno, vamos —dijo Lupton.

Miss Bahusen todavía se entretuvo un instante cogiendo el bastón de Carl y poniéndolo en la mano de éste. Luego le tomó del brazo para guiarle hasta la puerta. Tendido en medio del pasillo estaba el cuerpo ensangrentado del capitán Mac Millan. La muchacha le miró, cerró los ojos horrorizados y tembló al estrecharse contra Freyer.

Había otro cadáver de policía en el *hall*, y todavía encontraron un tercero tendido en el porche. Era el sargento Random. Éste empuñaba aún en su crispada mano la pistola con la cual había intentado defender a los habitantes de la casa.

En el momento que Lupton y sus prisioneros aparecían en el pórtico, un automóvil se acercó con los faros apagados y viró, deteniéndose con brusquedad ante la casa. El auto era un modelo «Nash» de los más grandes, el «Ambassador». Freyer y *miss* Bahusen fueron obligados a entrar en el coche. Un hombre les siguió inmediatamente tomando asiento junto al conductor, pero Lupton permaneció todavía unos minutos fuera, hablando en voz baja con

un grupo de cuatro o cinco hombres.

Luego, Lupton entró en el compartimiento posterior, acomodándose a la derecha de Estrella Bahusen, la cual se corrió apretándose contra Freyer en instintiva busca de protección.

—Adelante.

El coche arrancó silenciosamente y, con los faros apagados, rodó bajo la luz de la luna por el camino hasta la carretera general. Allí dobló a la izquierda como si se propusiera marchar hacia Winslow. Pero unas millas más abajo viró a la derecha tomando la ruta sesenta y seis en dirección a Townsend y Flagstaff.

* * *

La creencia de Carl Freyer; esto es, que marchaban hacia el norte, quedó confirmada horas más tarde cuando los focos del auto hicieron resplandecer en rojo la pintura fluorescente de uno de los muchos carteles de la ruta:

«Welcome to Utah. The Beehive State».

La carrera, hasta aquí, habíase desarrollado en medio del más absoluto silencio de los cinco ocupantes del automóvil. Fred Lupton, empedernido fumador, fumaba incesantemente encendiendo un cigarrillo con la punta del otro. En una ocasión había ofrecido un cigarrillo al supuesto profesor Bahusen. Pero Freyer lo rechazó, sacando a continuación sus propios cigarrillos y fumando de ellos, lo cual debió entender Lupton como una negativa tajante del alemán a aceptar nada que procediera de él.

Muchos habían sido los pensamientos de Carl Freyer hasta llegar a la divisoria entre los Estados de Arizona y Utah, y puede asegurarse que ninguna era agradable.

Carl se preguntó si Lupton, Stacey, o el hombre que conducía hablaban el alemán. Quizá fuera conveniente averiguarlo, se dijo.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó en alemán.

—¿Cómo dice? Hable en inglés, profesor. No le entiendo una palabra —contestó Lupton.

—¿Es posible que ninguno de ustedes comprenda el alemán? —

interrogó Carl en la misma lengua.

—¿Qué diablos está diciendo ese tipo? —Gruñó si individuo que llevaba el volante.

—¿Estamos en Utah? —preguntó Carl en inglés, satisfecho de la prueba.

—Sí, estamos en Utah —contestó Lupton—. ¿Esperaba usted que nos dirigiéramos al Sur para cruzar la frontera de México?

—No lo había pensado —repuso Freyer en su defectuoso inglés—. Más ahora que lo dice usted, ¿por qué vamos hacia el Norte, estando tan cerca la frontera de México por el Sur?

—¡Ah, ah! —exclamó Lupton, echándose a reír—. Precisamente porque eso mismo será lo que pensará la policía, amigo mío y encontrarán una buena pista que conduce a México, seguro. He enviado a unos amigos con una chica rubia muy llamativa para que atraigan sobre sí la atención del F. B. I, en dirección al Sur mientras nosotros marchamos hacia el Norte. No me gusta México para una escapada con la policía tras los talones, ¿sabe? Los americanos son muy notados allí, y todavía lo serían más usted y su hermana. Esos mejicanos son la mar de curiosos. Prefiero continuar por las carreteras americanas, donde ni nuestro auto ni nuestros tipos ni la lengua que hablamos llamarán la atención como en México.

Freyer guardó silencio. Al cabo de un rato, apretando en su mano la larga y delgada de Estrella Bahusen, preguntó en alemán:

—¿Cómo te encuentras?

—Muy asustada —musitó ella, también en alemán. Y preguntó—: ¿De veras crees que van a llevarnos a Europa?

—¿Soy una notoriedad científica escapada del otro lado del «telón de acero», no?

—Al menos, eso es lo que ellos cr...

—Cuidado, Estrella —advirtió Carl, atajándola—. Eso es lo que soy. Procura no olvidarlo en ningún instante a partir de ahora.

—¡Oh, no lo olvidaré! Sólo que si nos devuelven a Europa...

—Europa todavía está lejos. Muchas cosas pueden ocurrir antes de que lleguemos allá, pero ninguna será muy buena para mí... ni creo que lo sea tampoco para ti si ellos... ¿comprendes?

La muchacha asintió con la cabeza.

El viaje continuó en silencio. Sólo en raras ocasiones se cruzaron con algún vehículo, casi siempre camiones. Freyer sabía que existía

un paisaje desértico más allá del cristal de la ventanilla, pero él no podía verlo apenas a través de sus oscuras gafas. El tiempo transcurrió, y una leve cinta amoratada se extendió sobre el horizonte por encima del recortado perfil de las montañas.

El auto se detuvo y el hombre que lo guiaba apagó los faros y anunció:

—Hay una estación de gasolina ahí delante, y necesitamos repostar.

—Bien —dijo Lupton, abriendo la ^portezuela—. Yo iré con la chica a dar un rodeo a pie por detrás de la gasolinera. Nos encontraremos media milla más adelante pasada la estación.

Miss Bahusen se apeó a una seña de Lupton y Alp Stacey pasó el compartimiento posterior, cerrando la portezuela tras sí. Del bolsillo extrajo una navaja de resorte, cuya brillante hoja salió del mango con leve y amedrentador chasquido.

—Mucho cuidado ahora con lo que se hace, profesor —dijo mientras el auto volvía a reemprender la marcha—. Tengo aquí una navaja que le clavaré en la barriga si da una voz o intenta cualquier otra jugarreta. ¿Entendido?

—Sí.

El coche rodó media milla escasa y se detuvo ante el iluminado globo que remataba la bomba del surtidor de gasolina. Riverton, el hombre que conducía, hizo sonar el claxon, llamando al encargado de la estación. Una luz se encendió sobre la puerta y una ventana se abrió dejando asomar una cabeza.

—¡Ya voy..., ya voy! —anunció una voz.

Carl Freyer, hundido en el mullido asiento del compartimiento posterior, consideró gravemente las probabilidades que tenía de escapar, si intentaba hacerlo ahora.

Stacey no era demasiado fuerte y le creía ciego. Carl calculó que le sería relativamente fácil apartar aquella navaja de su costado, derribar a Stacey de un golpe y saltar por la portezuela antes de que Riverton pudiera empuñar su pistola.

Carl tenía buenas piernas para correr, y era de esperar que la sorpresa dejara paralizado a Riverton al menos unos segundos. Tenía ancho campo para la fuga, y los bandidos tendrían que ocuparse del encargado del surtidor antes de lanzarse en su persecución.

Sí, las probabilidades de escapar eran aceptables, pero... ¿Y Estrella?

Si Lupton perdía al que suponía el profesor Bahusen, podía considerar un estorbo a la muchacha y ordenar su ejecución con la misma sangre fría que había ordenado matar a las mujeres del servicio de la casa. No era la chica quien interesaba a Lupton, sino el profesor Bahusen, en sustitución de éste, al que él creía firmemente que era el profesor Bahusen.

Carl Freyer desistió inmediatamente de intentar la fuga.

El coche se puso en marcha unos minutos después, luego de haber llenado su depósito de gasolina. Media milla más adelante, Riverton apagó los faros y detuvo el auto. Stacey, considerando que había pasado el peligro, guardó su navaja y se apeó del coche, dejando la portezuela abierta.

Riverton encendió un cigarrillo.

Más tentadora que antes, la ocasión de escapar se ofrecía de nuevo a Carl. No tenía más que abrir la portezuela del lado contrario, saltar a tierra y correr... correr...

Pero aunque el impulso de conservación le animaba a la fuga, Carl desistió por la misma razón anterior. Al fin y al cabo, los secuestradores se confiaban mucho en la creencia de que era ciego y estaba inútil de una pierna. Era de esperar que en lo sucesivo se ofrecieran tan buenas ocasiones como esta de escapar.

Pero cuando Freyer escapara lo haría con Estrella Bahusen, nunca de otra forma.

—Ese condenado Lupton tarda mucho —refunfuñó Riverton. Y se acomodó mejor, apoyando un codo en el volante.

Una idea cruzó por el pensamiento de Freyer. ¿Y si dejara caer un objeto..., algo que sirviera más tarde a la policía para saber la dirección que llevaban los secuestradores al escapar?

Se palpó los bolsillos. Y allí encontró..., ¡oh, suerte!, el pasaporte de Hans Bahusen que había tomado en Terranova junto con las ropas de éste.

Mientras con una mano sacaba el pasaporte del bolsillo, Carl daba lentas vueltas con la otra al manubrio haciendo bajar el cristal.

Stacey se había alejado unos pasos del automóvil y Riverton estaba distraído cuando el pasaporte cayó a la carretera por el lado

contrario a la puerta abierta. El cristal volvió a subir silenciosamente.

—Ya están aquí —anunció Stacey.

En efecto, Lupton llegó con *miss* Bahusen y todos volvieron a acomodarse en sus asientos. Esta vez, Stacey remplazó a Riverton al volante.

Freyer exhaló un suspiro de alivio cuando el coche se puso en marcha.

CAPÍTULO VI

El lugar donde finalmente detúvose el automóvil era sin duda uno de los más apartados rincones del mundo.

Para llegar hasta allí, el «Nash» tuvo que correr toda la mañana por solitarias, accidentadas y polvorientas carreteras que se angostaban y se hacían aún más tortuosas al escalar los altos puertos entre las montañas.

La casa era un miserable y ruinoso rancho construido de adobe, sucio, lleno de polvo y pestilente, con todo el sabor rural que el hermoso rancho cercano a Winslow trataba vanamente de imitar. Su dueño, un hombre desgredado, con barba de al menos un par de semanas, se encontraba ante la puerta de la casa y saludó amistosamente con el rifle de largo cañón que tenía en las manos.

—Hola, Farnham —saludó Lupton al saltar del coche—. Ya estamos aquí. ¿No ha venido nadie?

—Ustedes son los primeros.

—¿Recibió mi carta?

—Sí, ayer. Las cartas tardan bastante en llegar aquí. ¿Son esos sus amigos?

El grupo pasó al interior de la casa, el cual era positivamente tan sórdido como el exterior hacía presentir.

—Estamos hambrientos, Jud. ¿No tiene algo para comer? —dijo Lupton, acercando una silla a la vieja y redonda mesa que ocupaba el centro de una vasta y polvorienta habitación.

—Seguro —repuso el ovejero, internándose en la cocina.

—Tomen asiento, profesor... Están ustedes como en su casa.

El feliz arribo a este escondite parecía haber puesto de buen humor a Lupton. No así a Carl, el cual veía, a través de las ventanas, el árido y desolado paisaje que rodeaba la solitaria casa.

Éste, siguiendo su papel de ciego, tanteó en el vacío hasta que encontró la silla y se sentó en ella.

—Siéntate, Estrella —dijo luego en alemán—. Tómallo con paciencia.

—¿Qué le ha dicho a su hermana, Bahusen? —inquirió Lupton.

—Le digo que se siente.

—No me gusta que las personas hablen ante mí sin que yo pueda comprender nada, profesor. A ser posible, preferiría que charlaran entre sí en mi idioma.

Carl no contestó.

Jud Farnham salió de la cocina con varios potes de conserva, judías la mayoría de ellos, y también un poco de jamón con gelatina.

—¡Cuernos, amigo! ¿No tiene otra cosa? —preguntó Riverton.

—Luego sacrificaré una oveja joven —dijo el ranchero.

Carl tenía apetito, lo mismo que *miss* Bahusen. Y las judías mezcladas con el jamón y calentadas en la cocina, no resultaron malas con su leve sabor a ahumadas. El pan estaba seco y duro como el ladrillo. Y el café sabía a trapos viejos.

Los cautivos fueron llevados luego a una habitación estrecha y oscura, al fondo de un angosto corredor. El cuarto no tenía más espacio que el indispensable para dos camastros y una silla coja con asiento de pino entre ambos, lo cual hacía las veces de mesilla. Toda la escasa luz provenía de un alto y estrecho ventanuco, formado por la falta de uno de los bloques de adobe de la pared.

—Estarán cansados, supongo... —dijo Lupton—. Échense ahí y duerman sin preocupaciones. Nadie vendrá a molestarles.

La puerta se cerró, escuchándose el chirrido de la enmohecida llave en la cerradura. Carl y *miss* Bahusen tomaron asiento frente a frente en el borde de sus respectivos camastros y se miraron.

—Bueno, amiguita —dijo Carl en alemán—. De haber sabido lo que me esperaba, seguro que prefiero quedarme en aquel simpático presidio. ¡Oh, no era tan fácil ganarme la libertad, después de todo!

—¿Qué cree que sucederá ahora?

—Nos tendrán aquí un par de días..., no muchos más, a fin de que la policía no tenga tiempo de encontrar nuestra verdadera pista. Luego nos llevarán a algún solitario lugar de la costa de California, en donde estará aguardándonos un submarino para conducirnos a

Europa... ¡Oh, claro que yo no permitiré que me lleven allá, ni siquiera esperaré a que me encierren en ese submarino!

—¿Quiere decir que intentará escapar?

—Pude haber escapado esta noche, cuando usted y Lupton iban a campo traviesa para eludir aquella estación de gasolina.

Miss Bahusen inclinó la cabeza guardando unos minutos de silencio. Luego preguntó, como dudando:

—¿Por qué no escapó, si era tan buena la solución?

Carl repuso exasperado:

—¿Por qué se figura que lo hice?

—Tal vez porque estimó usted innecesario arriesgarse, cuando también podría ganar su libertad confesando que no es el verdadero Hans Bahusen.

La respuesta de la joven dejó sin resuello a Freyer, el cual exclamó:

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir? ¿Se figura que yo saldría muy bien librado si confesara a esos tunantes que soy un pobre presidiario representando una comedia a cambio de mi libertad?

—Estoy segura de que sería más provechoso para usted confesarlo ahora, que seguir con la ficción. Al fin y al cabo, usted es uno como ellos. Y teniéndome a mí como rehén... es posible... casi seguro... que convencieran a mi hermano para que regresara a Europa. ¡Oh, él no podría consentir que me mataran, estando en su mano salvarme!

Freyer sintió entonces aquella sensación extraña que el vulgo llama «caérsele a uno el alma a los pies». La inocente sinceridad con que la muchacha había expresado su pensamiento: «Al fin y al cabo, usted es como ellos», le dejó sin habla durante unos minutos.

Luego, a medida que maduraba su significado, Freyer sintió cómo una oleada de sangre le subía al rostro.

—¡Maldición! —exclamó, quitándose las gafas para clavar en la muchacha sus relampagueantes pupilas—. ¿Es eso lo que usted piensa de mí?

Miss Bahusen inclinó la cabeza y Freyer continuó:

—¡Oh, dígalos sin empacho, señorita Bahusen! Sí, en efecto. Yo soy uno de ellos..., pertenezco a la misma clase que estos hombres que la han secuestrado y están dispuestos a venderla al país de donde ustedes han escapado. Mi nombre es Carl Freyer. Tengo una

hermosa ficha en los archivos de la policía, donde se consigna año por año y día por día cada una de mis fechorías y los castigos que he sufrido por ellas. Soy un hampón de baja estofa, carroña de presidio y carne de horca para el verdugo. No merezco que usted baje sus hermosos ojos hasta mí, ni sienta simpatía, ni siquiera agradecimiento por haberme prestado a encajar las balas que iban dirigidas al traidor de su hermano, ¿verdad? ¡Dígallo, grandísima estúpida! ¿No es verdad?

Miss Bahusen levantó sus asustados y sorprendidos ojos.

—¿Por qué mezcla a mi hermano en todo esto? —inquirió—. Sea cual fuere la opinión en que usted me tenga, él está muy por encima de usted.

—¡Oh, claro! —exclamó Freyer con sarcasmo—. ¿Quién soy yo, pobre rata de alcantarilla, que sólo ha robado unos cientos de dólares, para compararme a un Hans Bahusen, que se fuga de su país llevándose grandes secretos científicos?

—¡Él no ha robado nada!

—¡Ha robado! —chilló Freyer, levantándose para acercar su congestionado rostro al pálido de la muchacha—. ¡Ha robado el esfuerzo intelectual de otros compañeros, que es lo que va a rendirle dinero en este país! Él es un traidor de categoría, y éstos siempre son recibidos en todas partes. Pero por lo demás, no hay diferencia alguna entre él y yo. Bueno, sí la hay. ¡Él es mucho más vil y más cobarde que yo!

Freyer se detuvo mirando a los ojos de la muchacha. Y le sorprendió, casi tanto como le dolió, ver que aquellas hermosas pupilas estaban llenas de lágrimas.

—Nunca debió decir eso, Carl —dijo la chica entre sus apretados dientes—. Nunca debió decirlo... ¡Oh, cómo le odio y le desprecio!

Ella ocultó el rostro entre las manos, y arrojándose de bruces en el camastro prorrumpió en fuerte y desgarrador sollozo.

Las fuertes voces de Carl debían haber traspasado los delgados tabiques, porque la llave volvió a gemir en la cerradura y la puerta se abrió dejando asomar a Lupton, el cual miró a la chica y preguntó:

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué grita usted y por qué está llorando su hermana?

—¿Y a usted qué le importa? —contestó Carl, seca y

abruptamente, clavando en Lupton una mirada que hizo que éste frunciera el ceño.

—Oiga, Bahusen... —empezó a decir Lupton lentamente.

Carl recordó de pronto que su vida dependía quizá del tiempo que pudiera tener a Lupton engañado respecto a su ceguera. Se sentó, pues, y volvió a colocarse las gafas ahumadas con ademán brusco y enojado.

Lupton, por fortuna, no había podido ver bien la expresión de los ojos del falso Bahusen en la escasa luz de aquel tabuco. Ciertamente, había notado algo extraño y fuera de lugar. Pero Lupton no pudo comprender en aquel momento de qué cosa se trataba. Y sería demasiado tarde quizá cuando lo supiera.

—Bueno —gruñó entre dientes—. No me importa que ustedes se peleen como buenos hermanos. Pero no levanten la voz. Yo duermo en el cuarto contiguo.

La llave volvió a chirriar en la cerradura y Carl Freyer se quedó mirando ceñudamente a la chica, que se estremecía a impulsos de los sollozos.

Luego, él mismo se echó en su camastro estirando sus cansados músculos mientras reposaba la cabeza sobre sus cruzadas manos.

* * *

Al extinguirse la luz del día en el alto y angosto ventanuco, el cuarto quedó sumido en la negra oscuridad.

Estrella Bahusen había quedado dormida sobre el camastro y Carl podía escuchar su acompasada y tranquila respiración. Un soplo de viento frío entró por el agujero de la pared. Freyer se incorporó, tomó una de las mantas de su lecho y arropó a la chica.

La densa oscuridad que envolvía el tabuco fue rota inesperadamente por un potente rayo de luz que entraba por el ventanillo. Esta luz pasó como una ráfaga y a poco se escuchó el rumor de un automóvil que se detenía ante la casa.

¿Quién sería el visitante?

Carl se preguntó intranquilo si los acontecimientos llevarían un ritmo más acelerado de lo que él esperaba, y si el coche que acababa de llegar sería el destinado a conducirles al encuentro con el submarino.

Carl escuchó voces hablando en el comedor de la casa. Poco después sonaron pasos en el pasillo, la llave giró en la cerradura y la luz de una linterna cayó sobre él. Carl habíase puesto previsoriamente las gafas, lo cual fue una suerte para él en lo que al deslumbramiento producido por la linterna se refería.

—Salgan ustedes —dijo la voz de Lupton—. Es la hora de la cena.

Freyer buscó a tientas su inseparable bastón y se puso en pie.

—Mi hermana se ha dormido —dijo—. No la despierten.

Y salió.

Lupton le cogió por un brazo, guiándole a lo largo del pasillo hasta la estancia donde Carl almorzó aquella tarde. Stacey y Riverton no estaban allí. Pero en cambio vio a dos nuevos y desconocidos personajes que le contemplaban con interés, de pie junto a la mesa. La luz del quinqué les daba de lleno en el rostro.

Uno de ellos era alto, delgado, de facciones inteligentes. Tenía numerosas canas entre los rubios cabellos y usaba unos lentes de cristales montados en oro que le infundían cierto respetable y distinguido aire de intelectual.

El otro era más bajo, moreno y fuerte de espaldas. Los dos vestían con elegancia, pero existía entre ambos una diferencia muy acusada en cuanto a la forma de llevar las ropas. La distinción era innata en el caballero de las gafas de oro. El otro parecía más bien un campesino revestido de un delgado barniz de educación que dejaba ver por algunos puntos al hombre rudo y tosco que era en realidad.

—Encantado de verle, profesor Bahusen —dijo el caballero rubio, en un alemán con fuerte acento extranjero, no inglés precisamente—. Mi nombre es Rockfellow. Usted no me conoce.

—No.

—Tome asiento, por favor. No sabe cuánto me complace verle instalado aquí entre estos buenos amigos. ¿Hay algo en lo que yo pueda servirle, profesor?

—Seguramente —repuso Freyer, tomando la silla que Lupton empujaba hacia él—. El señor Lupton indicó algo a propósito de si me devolverían a Europa en un submarino. ¿Es eso cierto?

—Completamente cierto, profesor Bahusen. Esta madrugada, apenas tuvimos noticias de su rescate, nos apresuramos a radiar un

mensaje a Europa... No hemos recibido respuesta todavía, pero es muy posible que el submarino que ha de venir a recogerle a usted se encuentre navegando ya hacia la costa del Pacífico en estos momentos.

—Es extraño —dijo Freyer—. Si intentaron matarme en Terranova, ¿por qué se molestan ahora en conducirme de nuevo a Europa?

Rockfellow se echó a reír con risa abierta y agradable.

—Es usted muy modesto al estimar su propia importancia, profesor Bahusen. Si le devolvemos al país de donde escapó es, sencillamente, porque confiamos en que todavía habrá de sernos muy útil. Intentamos matarle en Terranova, es cierto. Teníamos entonces pocas esperanzas de poder rescatarle y era preciso evitar por todos los medios que los americanos le sonsacaran los secretos que usted guarda. Y fue una suerte que resultara solamente herido, porque gracias a su herida cambió totalmente el asunto. El Gobierno americano respetó su estado y le llevó a un apartado lugar de Arizona, aplazando el interrogatorio que tanto temíamos. Fue bastante fácil seguirle la pista hasta Winslow, debido a que no es fácil ocultar a un herido en ambulancias. Y en cuanto supimos dónde estaba, no fue de asesinarle de lo que tratamos entonces, sino de rescatarle y devolverle nuevamente a Europa. La empresa ofrecía y todavía ofrece sus riesgos, es cierto. Pero su elevada calificación científica nos compensa con creces del dinero y los trabajos que nos está costando su rescate.

Carl Freyer apretó los labios sin pronunciar palabra.

—Bien —dijo Rockfellow, tomando el sombrero que había dejado sobre la mesa—. He de volver inmediatamente a San Francisco a esperar la contestación a nuestro radio. Mi amigo el señor Kosharem quedará aquí con ustedes. Él tiene instrucciones precisas para conducirles hasta la costa en cuanto reciba mi aviso. Adiós, profesor Bahusen. Espero que volvamos a vernos muy pronto.

Kosharem y Lupton siguieron al elegante Rockfellow fuera de la casa. Jud Farnham salió de la cocina y sirvió la cena a Carl.

Poco después se escuchaba el rumor del automóvil de Rockfellow al alejarse. Lupton y Kosharem entraron en la casa, haciéndolo luego Stacey y Riverton. Kosharem traía en la mano una

caja de madera provista de asa, que depositó en un rincón.

Mientras los demás comían, el rudo y fuerte Kosharem abrió la maleta y empezaba a montar lo que a Carl le pareció que era una estación de radio portátil.

Miss Bahusen estaba despierta cuando Stacey acompañó de nuevo a Carl al oscuro y siniestro cuartucho. Ella rehusó la invitación de Stacey para salir a comer, aunque dijo que aceptaría un vaso de leche. Jud, Farnham trajo un gran jarro de leche y un cabo de vela introducido en el gollete de una botella, el cual estuvo ardiendo todo el rato alumbrando el sórdida chamizo mientras miss Bahusen bebía, sentada en el borde del camastro.

La muchacha no pudo con todo el jarro de la espesa leche que el ranchero había traído.

—Bueno, quédese con el jarro por si tienen sed durante la noche. Y también pueden quedarse la vela —dijo Farnham al retirarse, cerrando la puerta.

Carl acercó su cigarrillo a la llama de la vela. Sus ojos se encontraron con los de Estrella Bahusen, la cual rehuyó inmediatamente los suyos, preguntando en voz baja:

—¿Quién era el hombre que hablaba alemán?

—Un tal Rockfellow.

—¿Qué... quería?

—Nada en particular. Parece que vino por darse el gusto de verme enjaulado, confirmó la opinión de Lupton de que seríamos trasladados en breve a Europa a bordo de un submarino. Por cierto, trajo consigo una emisora de radio y un hombre que debe ser el encargado de manejarla. El hombre se llama Kosharem y creo que habla el alemán. Convendría tener esto último en cuenta para nuestras futuras conversaciones.

—No creo que tengamos nada que hablar en lo sucesivo —repuso ella secamente.

Y echándose en el camastro, tiró de una punta de la manta, volviéndose de cara a la pared.

Freyer la estuvo mirando unos instantes con ceño irritado. Luego soltó un bufido, apagó la vela y se tumbó en su cama. El disgusto del altercado sostenido con la muchacha perduraba en él, y casi deseó ser lo suficiente canalla para descubrir a Lupton su verdadera identidad y poner el auténtico Bahusen en el compromiso de tener

que regresar a Europa si quería salvar la vida de su insolente y orgullosa hermana.

Naturalmente, fue un pensamiento fugaz y sin consecuencias, más bien expresión de un estado de ánimo que de un verdadero deseo.

Carl no deseaba perjudicar a Bahusen. Por el contrario, pensaba demostrar a *miss* Bahusen hasta qué punto se había equivocado respecto a él, y esperaba poder hacerlo mañana o pasado.

CAPÍTULO VII

El primer rayo de sol, al entrar por el alto ventanillo y reflejarse en la cerrada puerta, llenó la sórdida habitación de luz y despertó a Carl Freyer.

En el camastro contiguo, *miss* Bahusen seguía durmiendo.

Pronto, con la irrupción del sol en el espacio, comenzaron a escucharse los ruidos propios de un rancho ovejero. La vaca mugió en el establo y chirrió la polea del pozo. Sonaron las esquilas del ganado y los ladridos de los perros pastores.

Con todo aquel estrépito y el golpear de una puerta en el interior de la casa, Estrella Bahusen despertó al fin.

Su primera mirada de extrañeza fue para las desnudas paredes de la habitación. Luego se volvió hacia Carl, brincó sobresaltada y pareció recordar.

—Hola, buenos días —dijo Carl.

Ella se enderezó hasta quedar sentada en el lecho. Su primer instintivo movimiento consistió en alisarse con la mano la alborotada cabellera.

Carl se puso en pie, retiró el jarro y la botella de la silla y se subió sobre ésta.

—¿Qué va a hacer? —preguntó *miss* Bahusen.

—Voy a echar un vistazo por el ventanillo.

—¿Para qué?

Freyer no halló respuesta para esta pregunta. Se encogió de hombros y trepó al respaldo de la silla. Todo lo que alcanzó a ver desde su observatorio fue la vastedad del pedregoso y árido desierto, con sus matas de artemisa roja y sus leñosos y polvorientos mezquites.

Y también vio a Jud Farnham montado en su caballo, junto a la

abierta puerta del corral, por donde estaban saliendo las ovejas.

Un ruido en la habitación contigua hizo que Freyer se apresurara a bajar de la silla, volviendo el jarro y la botella al lugar que ocupaban antes.

—¿Y bien? —inquirió Estrella Bahusen.

Freyer fue a tomar asiento en el borde del camastro.

—Oye esto, Estrella —murmuró en alemán—. No olvides que hay posiblemente un hombre que entiende nuestro idioma y debemos continuar la ficción incluso cuando hablemos en voz baja. Te diré lo que pienso hacer. Vamos a intentar escapar.

—¿Vamos?

—Sí, amiguita. «Vamos». Lo cual quiere decir que escaparemos juntos a la primera oportunidad; hoy mismo, si es posible.

—¡Oh, bien! —exclamó la chica, mirándole sorprendida—. Pero ¿no será eso muy arriesgado?

—Seguro que lo es. Sobre todo, porque una vez lo hayamos intentado, «ellos» sabrán que no estoy ciego ni cojo; que es lo mismo que decir que no soy el Hans Bahusen que ellos creen.

—¿Qué... qué pasaría si fracasáramos en la fuga y ellos... supieran que no eres mi hermano? —interrogó *miss* Bahusen, titubeando.

—¡Os, es fácil de suponer! A mí me pegarían un tiro en la nuca, y en cuanto a ti...

—¡Dios mío, qué horror! —sollozó la muchacha, cubriéndose el rostro con las manos.

—No, a ti no te ocurriría nada —se apresuró a añadir Carl—. Esa idea no se me había ocurrido, pero es bastante razonable que Rockfellow y su gente intentaran obligar a tu hermano a regresar tras el «telón de acero» amenazándole con matarte. Tu hermano, por supuesto, no lo permitiría.

—No estaba pensando en mí, ni tampoco en mi hermano. Carl, ¿no es pagar un precio demasiado elevado por una remota probabilidad de escapar? —dijo *miss* Bahusen, anhelantemente.

Freyer la miró sorprendido.

—¿Te refieres a mi vida?

—¿A qué otra cosa podía referirme?

—Bueno; yo creo que mi vida pende de un hilo, de todas formas. Mi suerte no sería mejor si me dejara llevar dócilmente a Europa,

con la diferencia de que allí me sería más difícil escapar. Mi única esperanza está en intentarlo ahora. Al fin y al cabo, no creo que haya en el mundo una sola persona a quien le importe lo que pueda ocurrirme.

—A mí sí me importa.

Estrella Bahusen dijo esto espontáneamente, y Carl Freyer se le quedó mirando entre incrédulo y divertido. Hasta que ella, habiendo enrojecido violentamente, apartó su rostro mirando a otro lado.

La llave chirrió en aquel momento en la cerradura y la puerta se abrió, dejando asomar el malhumorado rostro de Fred Lupton.

—Suponía que estarían despiertos —dijo a modo de saludo—. No hay bicho viviente que pueda dormir en esta granja con tanto ruido. Vengan a desayunar. La vida comienza temprano en el campo.

Los dos jóvenes siguieron a Lupton hasta el comedor, donde toda la banda se hallaba ya sentada a la mesa.

—Señor Lupton —dijo Freyer mientras desayunaban—. ¿Le importaría que mi hermana y yo diéramos un paseo por el campo antes de volver a esa maloliente habitación?

Lupton miró interrogativamente a Kosharem. Éste no dijo nada, pero Lupton debió interpretar el silencio del otro como una afirmación.

—No creo que haya ningún inconveniente —dijo Lupton—. El rancho más próximo está a más de veinte millas de distancia. Stacey y Riverton les acompañarán.

Concluido el desayuno, Estrella Bahusen volvió a la habitación en busca del sombrero y la gabardina de Carl. Riverton y Stacey tomaron sus sombreros y les acompañaron fuera de la casa.

Carl, tanteando el pedregoso terreno con el bastón, iba delante con la señorita Bahusen, apoyándose en el brazo de ésta, Riverton y Stacey les seguían a pocos pasos de distancia. Debían ser muy aficionados a las apuestas, pues iban hablando de caballos de carreras.

Los ojos de Freyer, amparados tras los oscuros cristales de sus gafas, registraban cada detalle de la casa, los corrales y el terreno circundante. En un granero cercano, Carl vio las chatas y feas fauces de un viejo automóvil «jeep», desecho del material de guerra a

juzgar por su maltratado aspecto.

A Freyer le hubiera gustado saber si el «jeep» estaba en condiciones de ponerse en marcha. Un auto de aquella clase, pensó, era ideal para el áspero y pedregoso desierto que se extendía alrededor de la casa. Carl tomó buena nota de ello y guió sus pasos hacia las cercanas colinas. Ni Riverton ni Stacey objetaron nada, por el momento. Ellos seguían muy entretenidos en su conversación. Fue Estrella Bahusen quien, tirando suavemente del brazo de Carl, apuntó:

—El terreno es muy escabroso por aquí. ¿Por qué no vamos por lo llano?

—Siga derecho hacia las colinas, Estrella —musitó Carl en alemán—. Si podemos ponernos fuera de la vista de los de la casa, es ahora cuando intentaremos escapar.

Freyer sintió temblar bajo su mano el brazo de la muchacha.

—Cuando yo le diga —prosiguió Carl—, debe simular una caída y una torcedura de tobillo. Espero que al menos uno de estos dos zánganos corra a ayudarla. Yo me encargaré del otro. Si puedo quitarle la pistola antes de que su compañero se de cuenta, todo saldrá bien.

Procure usted que el galante caballero que vaya en su ayuda no la tome como escudo para ponerla ante mí pistola.

—¡Dios mío, Carl! ¡Tengo mucho miedo! ¿Cree que podremos escapar... así, a pleno día?

—Hubiera preferido hacerlo con la noche cerca, pero no tenemos opción a elegir. El aviso de Rockfellow para que nos pongamos en camino hacia la costa puede llegar de un momento a otro. ¡Y entonces sí usarán de toda clase de precauciones con nosotros!

—Digan, amigos —dijo Stacey, desde atrás—. ¿No estamos haciendo demasiado largo el paseo? Vamos a volver atrás.

—Espere —dijo Estrella Bahusen—. Permita al menos que lleguemos hasta esa colina para poder dominar el panorama.

—¿Qué demonios de panorama espera ver desde ahí arriba, muchacha? Aquí todo es igual en cien millas a la redonda; rocas, polvo, cactus... y serpientes de cascabel. ¿No le dan miedo las serpientes de cascabel?

—No —contestó la señorita Bahusen, volviéndose para sonreír a

Stacey.

Stacey se encogió resignadamente de hombros y siguió adelante, charlando con su compañero.

El grupo alcanzó la cúspide de la colina y se detuvo.

—Mire ahí, Estrella —dijo Freyer en alemán—; a ese talud que hay detrás de nosotros. Ahora, cuando volvamos atrás, usted se caerá rodando por ahí, lanzando un grito. ¿Ha comprendido?

—Sí.

Miss Bahusen se quitó las pesadas gafas para tender la vista en rededor.

—Nos hemos alejado demasiado de la casa —observó Riverton—. Lupton nos va a reprender cuando volvamos.

—Sí —dijo Stacey—. Vamos, señorita Bahusen. Ya nos hemos saturado bastante de aire campestre.

La muchacha dio unos pasos hacia el filo del terraplén.

—¡Eh! ¿A dónde va usted? —llamó Stacey.

Miss Bahusen se detuvo volviendo la cabeza.

—Sólo iba a coger esas flores silvestres.

—¡Bah, y con estas chifladas mujeres! —Gruñó Stacey, levantando los hombros.

Miss Bahusen se acercó al matorral, dio un paso en falso..., se tambaleó y dejó escapar un pequeño grito al caer rodando.

—¡Maldita sea! —rugió Stacey, corriendo hasta el filo del talud.

Desde donde estaba, Carl no podía ver a la muchacha. Stacey masculló una maldición, empezando a bajar por el inclinado terreno.

—¡Oh, oh! —se oyó exclamar a miss Bahusen—. ¡Ayúdeme, por favor..., creo que me he roto un tobillo!

Riverton dio un paso adelante para seguir a Stacey. Freyer le retuvo por un brazo, al tiempo que soltaba el bastón.

—Oiga, Riverton...

Riverton se volvió... justo a tiempo de encajar en la barbilla un terrible directo que hizo estallar un millón de estrellas ante sus ojos, lanzándole de espaldas al suelo.

Antes que el aturdido pistolero pudiera reponerse del golpe recibido, Carl Freyer había saltado a horcajadas sobre él y, de dos cortos y veloces ganchos, le dejaba definitivamente sin sentido sobre la roca.

Dos segundos bastaron a Freyer para apoderarse del arma que el pistolero llevaba bajo el sobaco. Se trataba de un «Smith & Wesson», calibre 44; marca, calibre y características que agradaron sumamente al expresidiario. Con el revólver en la mano y aun cuando todavía estaba lejos de haber conseguido su libertad, Freyer se sintió otro hombre completamente distinto.

Ágil como jamás se había sentido, se incorporó de un salto y corrió hacia el talud.

Stacey intentaba levantar a *miss* Bahusen por un brazo. Al aparecer Freyer en lo alto del talud, Stacey abrió unos ojos tamaños de sorpresa. Su reacción instintiva, al ver a Carl empuñando un arma, fue soltar a la muchacha y llevar la mano al sobaco.

—¡Quieto, Alp! —ordenó Freyer, encañonándole con el revólver—. Mete la mano un poco más y te vuelo la cabeza de un balazo.

La sorpresa, acaso en mayor medida que el temor, detuvo la mano de Stacey. Freyer hablaba ahora un inglés barriobajero que Stacey entendía muy bien, y creyó entender mejor cuando el falso profesor se arrancó las gafas ahumadas y le clavó sus ojos centelleantes.

—Pero usted..., ¿no está ciego! —exclamó estupefacto.

—No, amigo. Y te aseguro que tengo tan buena vista como buena puntería. ¡Levanta las manos!

Atónito, sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos, Stacey levantó las manos. *Miss* Bahusen se levantó entonces por su propio pie y se alejó unos pasos.

—¡Usted no es el profesor Bahusen! —chilló Stacey agudamente.

—¡Pero qué inteligente eres, Alp, amigo mío! —exclamó Freyer con ironía.

Y acercándose a Stacey, apoyando el cañón del revólver en el estómago de éste, le quitó el arma de la funda sobaquera.

—Una «German Luger» —exclamó Carl, examinando la azulada automática de largo y fino cañón—. Me gusta, Alp. Y voy a quedármela. Ahora obedece rápido en todo lo que te diga. Quítate la gabardina... la corbata... y el cinturón también. Acuéstate en el suelo boca abajo...

Stacey ejecutó como un sonámbulo todas estas órdenes. Freyer le ató diligente las manos a la espalda con el cinturón de la

gabardina, haciendo otro tanto con las piernas utilizando el cinturón de cuero. Solamente cuando Carl se disponía a amordazarle con la corbata, pareció Stacey recobrar el habla para decir:

—Lupton se pondrá muy furioso cuando sepa esto, Bahusen... o como se llame usted. Y no podrá ir muy lejos en este desierto sin agua, ni comida ni caminos.

—Gracias por tu interés, Alp. Ya nos arreglaremos lo mejor que podamos —repuso Freyer. Y le amordazó fuertemente.

Miss Bahusen se quedó junto al maniatado Stacey mientras Freyer subía corriendo el talud. No pasó mucho rato hasta que el joven volvió a aparecer arrastrando un fardo con forma humana que resultó ser el también maniatado y amordazado Riverton.

Freyer echó rodando a Riverton talud abajo, se acercó a la muchacha y dijo:

—Bueno, señorita Bahusen. Somos libres, al menos por el momento. Tome mi bastón, por si puede servirle de ayuda en la caminata que nos espera. Y ahora, ¡andando!

Miss Estrella Bahusen dejó caer sobre su compañero la admiración y asustada luz de sus hermosas pupilas. Luego inclinó la cabeza y se dejó llevar dócilmente por entre las rocas y las polvorientas matas de artemisa roja.

* * *

Con el sol llameando inclemente sobre sus cabezas, se detuvieron al filo de la blanca extensión de arena. Un calor de horno brotaba de la atormentada tierra. El sol reverberaba en las calcinadas rocas, obligando a Carl a entrecerrar sus deslumbrados ojos.

Había cedido sus gafas ahumadas a la señorita Bahusen. Ésta, con las ropas desgarradas, dejando ver en ocasiones por las roturas la carne ensangrentada, se dejó caer en el suelo exhalando un suspiro de cansancio. Tras ellos quedaban cuatro millas de desierto, con su característica flora de cactus y espinos, las cuales habían tenido que atravesar dejando jirones de sus ropas y su propia piel en la acerada punta de los cardos.

—¡Dios mío! —gimió la exhausta muchacha—. No volvería a

pasar por ese horrible lugar aunque mi vida tuviera que depender de ello.

Freyer miró atrás, hacia el desierto terriblemente bello que acababan de cruzar, y luego hacia la blanca y reverberante extensión de arena que tenía delante. Se inclinó y tomó un puñado de la blanca sustancia, la cual desmenuzó entre sus dedos.

—¿Sabe qué es esto, Estrella? —preguntó.

—Sí. Arena.

—No. Sal.

—¿Sal?

—Estamos ante el lecho seco de lo que en otros tiempos debió ser un lago. Recuerdo haber oído decir que hay bastantes de éstos en Utah, algunos tan extensos que un hombre andaría por ellos dos o tres días sin hallarle el final y acabaría muriéndose de sed.

—¡Válgame el cielo! —exclamó la muchacha, estremeciéndose pese al sofocante calor reinante—. ¿Entonces, quiere decir que hemos de volver a esos horribles cactus?

Freyer miró los destrozados pantalones largos de *miss Bahusen* y los suyos propios, tan malparados como los de la chica.

—Lo que nunca haré será aventurarme en esta llanura de sal sin saber dónde termina. Borearemos el desierto hacia el sur, hasta que encontremos algún hueco entre esos endemoniados espinos.

—¿Y luego?

—Luego... Dios dirá. Debe haber alguna carretera en alguna parte, o un rancho... o una fuente quizá. Tiene sed, ¿verdad?

—¿No ve que casi no puedo ni hablar? La lengua me llena toda la boca.

Carl Freyer levantó los ojos hasta el llameante sol y luego consultó su reloj de pulsera.

—Son las dos de la tarde —dijo—. Dentro de poco el sol empezará a declinar y mitigará el calor. Vamos a continuar... ¡Animo!

Carl volvió junto a la muchacha y la tomó por un brazo, ayudándola a ponerse en pie. Luego le puso el bastón en la mano.

—¿Necesita que la sostenga?

—No, no... Gracias, podré tenerme sola.

La joven dio algunos pasos vacilantes sobre sus lacerados pies, entornó los ojos. Se tambaleó.

Carl corrió a sostenerla, rodeándole el talle con uno de sus brazos. Súbitamente, Estrella Bahusen se echó a llorar abrazándose a él.

—¡Bueno, bueno! —exclamó Carl, con enfado—. ¿A qué viene eso? Es todavía pronto para perder las esperanzas. Sólo llevamos andando desde las ocho de la mañana. La prueba fue dura al escalar la montaña, al pasar a través de esos malditos espinos, es cierto. Pero...

—Sí, sí..., admito que soy débil, cobarde, tonta...

—Estrella, no es usted nada de eso, sino todo lo contrario; una chica muy valiente y animosa. Es esa maldita sed lo que la tormenta, ¿verdad? Vamos, sigamos andando allá hay unas rocas... Quizá encontremos algún depósito de agua. ¿Quiere que la lleve en brazos?

Miss Bahusen sacudió enérgicamente la cabeza.

—Bueno, la sostendré así. Apoye su peso en mí... Eso, eso.

Echaron a andar siguiendo el borde del desierto. A la derecha tenían la parda, polvorienta y salvaje flora del desierto. A la izquierda, la vasta extensión blanca del fondo del lago salado.

Varias veces, mientras andaban hacia las grises rocas que se levantaban como un acantilado al mismo borde del lago seco, volvió Freyer sus preocupados ojos atrás. Hasta entonces había procurado ocultar su temor a la chica, solamente por no alarmarla. Ahora, sin embargo, *miss Bahusen* se dio cuenta y preguntó:

—¿Cree que nos alcanzarán?

—No es Lupton quien más me preocupa, sino ese pastor..., Jud Farnham. Tiene un caballo y debe conocer este desierto como la palma de su mano. Sería una gran suerte para nosotros que Lupton y los demás hubieran emprendido la persecución sin llamar a Farnham. Porque si el pastor se pone también a la búsqueda, él acabará por encontrar nuestro rastro y nos dará alcance con su caballo.

—¡Dios mío! Así, ¿es inútil cuanto estamos haciendo?

—¿Ve usted? —repuso Carl, malhumorado—. Era por eso que no quería decirle nada. Inútil no sé si será lo que estamos haciendo. Teníamos que hacerlo de todas maneras. No había más remedio que intentar la fuga, saliera lo que saliera.

Siguieron andando en silencio. El promontorio, que parecía

cerca, les obligó a andar un par de millas sobre sus renqueantes piernas. El piso era ahora llano y duro, pero sus pies levantaban un ligero polvillo salitroso que se pegaba a sus labios y les hacía sentir más acusado el tormento de la sed.

El acantilado resultó ser mucho más alto de lo que aparentaba en la distancia. Y al menos proyectaba una grande y fresca sombra donde Carl dejó a la muchacha mientras él escalaba los riscos en busca de agua.

La necesidad, gran maestra de las criaturas, agudizaba el ingenio de Carl Freyer. Y el hombre que jamás se había alejado del maloliente asfalto de la ciudad sentía revivir en él extraños atavismos que quizá estuvieran presentes en sus más remotos antepasados. Él calculó que si en alguna parte del acantilado existía un charco de agua, éste sólo podría existir en el lado norte, al abrigo de la sombra que proyectaban las grandes rocas.

Y, tal y como había calculado, encontró el agua en aquel lado. Se trataba de una charca bastante grande, con agua verdosa que sabía ligeramente a sal. Carl la probó, encontrándola agradablemente fresca. Enseguida volvió en busca de *miss Bahusen*.

—Encontré agua, Estrella. Venga usted.

El cansancio pareció desaparecer instantáneamente en la muchacha.

Trepó por los riscos ayudándose en parte en el bastón y en parte en el apoyo de Freyer. Se tendió de bruces en la roca y hundió el rostro y las manos en el bendito líquido, bebiendo hasta que sació por completo su ardiente sed.

—¡Dios mío! —exclamó, echándose a reír—. Si ahora tuviera algo que comer, casi me sentiría la mujer más feliz del mundo. Y también creería que finalmente íbamos a conseguir escapar.

Levantó sus ojos hasta Freyer.

Freyer, erguido y tenso, escrutaba con sus azules pupilas el desierto que se extendía al pie de las rocas hasta las lejanas montañas que ellos habían salvado aquella mañana.

—¿Qué ocurre, Carl?

—Mire allá. ¿No ve una tenue nubecilla de polvo? ¿Y no ve un objeto oscuro deslizándose entre los cactus? Es un caballo.

—¡Un caballo! —exclamó *miss Bahusen*, poniéndose en pie.

—Farnham, seguramente. Él debe conocer la existencia de esta

charca. ¡Maldición, viene hacia aquí! Corra, Estrella. Vamos a escondernos en esas rocas.

Freyer recogió apresuradamente su chaqueta, el sombrero y el bastón. Lanzó una última mirada sobre la nubecilla de polvo y apresuró a la muchacha peñas arriba.

El lugar donde fueron a agazaparse quedaba por encima de la charca y a unos treinta pasos de distancia de ésta. Freyer empuñó resueltamente la azulada «German Luger» que llevaba en el cinturón. Miss Bahusen le miró temblando.

—¿Qué haremos, Carl?

—Si es Farnham y viene solo, la respuesta a su pregunta es un disparo que le deje tendido y nos permita apoderarnos de su caballo.

—¿Matarle, quiere decir? —inquirió la chica, estremeciéndose.

Freyer frunció fuertemente los labios, sin contestar. Sus ojos estaban pendientes del caballo, que en aquel momento salía por entre una espesura de cactus y mezquites, aproximándose a las rocas.

—Me lo temía —murmuró, rechinando los dientes—. Es Farnham, pero no viene solo. Alguien más viene con él a la grupa del caballo.

CAPÍTULO VIII

Farnham detuvo su caballo al llegar al pie del acantilado. Sus agudas pupilas registraron atentamente cada detalle del paisaje, deteniéndose especialmente en el caótico amontonamiento de polvorientas rocas.

—Apéese, amigo —dijo luego al hombre que venía montado en la grupa del caballo—. La charca de que le hablé está ahí arriba.

Alp Stacey se apeó tan torpemente del caballo que cayó aparatosamente al suelo sobre manos y pies.

Farnham desmontó calmosamente, echó las riendas por encima de la cabeza del animal y tiró del rifle, cuya culata asomaba de la funda de cuero del arzón. Farnham llevaba amplios zahones de cuero llenos de pinchos de cacto. Un ancho cinturón canana repleto de cartuchos le caía sobre el costado derecho, junto con la pistolera y el pesado «Colt» 45.

—¿Sigue creyendo que ellos habrán pasado por aquí? —preguntó Alp Stacey, levantándose y siguiendo al pastor peñas arriba.

—Creo que todavía no han llegado —repuso el ovejero—. Pero no tardarán mucho.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—El rastro que seguimos llevaba derechamente al lago. El Savier no tiene aquí más que seis millas de ancho, pero no creo al policía tan loco que haya intentado cruzar esa endemoniada llanura de sal. No creo tampoco que hayan vuelto atrás ni que vengan a través de este infierno de rocas y espinos. Ya ha visto usted lo duro que es caminar por él. En consecuencia, el policía y la chica habrán optado por venir hacia el sur siguiendo el borde del lago, hacia la carretera... Y si no hicieron eso y cruzaron el lago..., tanto peor

para ellos. Los encontraremos desfallecidos de sed entre este lugar y las montañas de la orilla opuesta de la llanura de sal, antes de la puesta del sol.

Desde lo alto de las peñas, mirando a través de unas briznas de reseca hierba, Carl Freyer pudo ver a Farnham cuando se acercaba, llevando el caballo de las riendas, seguido de Alp Stacey.

Y también pudo oír lo que hablaban, en la aplastante quietud de aquel solitario lugar.

—¿Ha oído esto, Estrella? —susurró, inclinándose sobre el oído de la muchacha—. Debe haber una carretera no muy lejos de aquí, hacia el sur. ¡Maldita sea, si lo hubiéramos sabido!

—¿Quiere decir que no nos habríamos detenido aquí?

—Seguro que no. Pero es demasiado tarde. Ese Jud es hombre avezado al desierto y no tardará en encontrar nuestro rastro en la arena del lago. ¡Si al menos pudiéramos desaparecer entre los cactus mientras ellos buscan nuestras huellas allí abajo!

Freyer guardó silencio. Farnham y Stacey llegaban en aquel momento al borde de la charca. El ovejero, que llevaba su rifle en las manos, descolgó la vacía cantimplora del arzón mientras el otro iba a beber en la charca.

El caballo también inclinaba sus sedientos bellos sobre el agua cuando Farnham dejó oír una ronca maldición. Y enseguida dejó caer la cantimplora y empuñó el rifle, mirando a su alrededor.

—¿Qué ocurre ahora? —interrogó Stacey, malhumoradamente.

—Mire esa agua, amigo. Alguien la ha enturbiado poco antes de que nosotros llegáramos... Y mire allí; hay gotas de humedad en esa peña. ¡Le digo que nuestros fugitivos han estado bebiendo aquí!

Alp Stacey se puso en pie de un brinco, llevando la mano al cinturón.

—¡Maldita sea! —rezongó Carl Freyer desde arriba de la peña, Y alargando el brazo disparó velozmente.

Alp Stacey cayó hacia atrás llevándose una mano al hombro derecho. El caballo pegó un bote, y Farnham, que estaba al otro lado del animal, disparó con su rifle por encima del equino.

La bala de Farnham pegó en la peña que protegía a Freyer y rebotó hacia arriba con espeluznante aullido.

Carl hizo otros dos disparos contra el ovejero mientras éste retrocedía a saltos, corriendo a guarecerse tras una roca. El caballo

se alejó, arrastrando las riendas, y Alp Stacey se deslizó penosamente hacia donde estaba Farnham.

Stacey estuvo todo aquel tiempo bajo la «German Luger» de Freyer, pero éste no tuvo valor para rematarlo, aunque sabía que acaso tuviera ocasión de arrepentirse por no haberlo hecho.

Farnham, ya tras el seguro refugio de la roca, hizo dos o tres disparos contra las alturas.

—Bueno —refunfuñó Carl, sentándose en el suelo tras la peña—. La situación es ahora todavía peor. Ese Farnham es muy peligroso con un rifle. ¡Huy!

Miss Bahusen le miró con ojos asustados.

—Carl, ¿qué podemos hacer? —preguntó.

Freyer señaló al sol.

—Nada, hasta que se ponga el sol y oscurezca. Quizá entonces podamos deslizarnos entre las rocas y escapar. Sabemos que hay una carretera al sur y quizá no demasiado lejos de aquí. ¡Maldita sea mi suerte negra! ¿Por qué seríamos tan poco cuidadosos al enturbiar el agua?

Dos balazos pegaron en la roca y rebotaron con amedrentador ruido.

—¡Bahusen, baje de ahí! —gritó Farnham con estentórea voz—. ¡No tiene escape posible!

Carl Freyer rió por lo bajo. La chica exclamó disgustadamente:

—¿Cómo puede estar tan tranquilo con todas estas balas silbando a nuestro alrededor?

—¿No había oído usted silbar las balas nunca?

—Sí. Cuando cruzábamos las alambradas al huir de Alemania oriental.

—¡Ah! —Freyer permaneció unos minutos pensativo, jugando distraídamente con la pistola—. Escuche, Estrella. No es cierto que yo pensara todas aquellas cosas que dije a propósito de su hermano. Fue ayer, ¿verdad? ¡Dios, parece que haya pasado un año desde entonces! Bueno; respecto a su hermano..., creo que hizo bien en escapar. Si aquello es tan malo como he oído decir...

—Carl, aquello era francamente detestable. ¿Pero a qué viene hablar de ello ahora? —inquirió la muchacha.

Freyer contestó:

—Estaba pensando que si llegara a alcanzarme alguna de las

balas de ese rifle, no quisiera irme al otro barrio sin decirle lo que siento por usted.

—¡Oh, Carl! —exclamó ella, mirándole con expresión triste.

Freyer rió nerviosamente.

—Algo muy raro me ha ocurrido con usted, Estrella. Y creo que todo empezó aquel día en el despacho de Honeywell, allá en San Quintín, cuando usted recogió del suelo las gafas que yo había tirado y me libró de una paliza y un par de semanas en el calabozo. Nadie había hecho antes una cosa así por mí.

—Carl —dijo ella sentidamente. Y puso una mano sobre su brazo—. Temo haber sido injusta con usted. Algo hay de bueno en su fondo, y creo que hubiera llegado a ser un gran muchacho de haber sido más afortunado en su niñez.

—Es cierto —repuso Carl, inclinando la cabeza—. Yo mismo lo he pensado así muchas veces. Aunque le cueste creerlo, también he sentido en repetidas ocasiones el deseo de reformarme. Es lástima que nunca tuviera la suficiente fuerza de voluntad para corregirme, porque ahora me arrepiento sinceramente de todo cuanto hice. Y si se rae ofreciera una nueva oportunidad...

—Carl, usted tendrá esa oportunidad —aseguró *miss* Bahusen con ojos húmedos.

El expresidiario movió pesimistamente la cabeza.

—Aun cuando la tuviera, sería demasiado tarde para alcanzarla a usted, Estrella. ¡Oh, maldita sea, no me mire así! —exclamó Freyer, enojado—. Sí, es cierto. Temo haberme enamorado de usted.

—¡Carl!

—Nunca había sabido lo que era eso hasta que la conocí. Me había pirrado antes por algunas chicas, y creía que aquello era amor... No lo era, desde luego. Nada de cuanto he sentido por ninguna mujer puede compararse a esto que siento por usted. Ya ve, ni siquiera tengo esperanza de ver mi amor correspondido, y es posible que ni siquiera desee una cosa tan mala para usted. Pero yo haría cualquier cosa por usted, Estrella. Y lo haría sin pedir ni esperar nada a cambio, sólo por verla contenta y feliz. Ese impulso de ofrecerlo todo sin deseo de recompensa alguno... Estrella, ¿no cree que eso es amor?

Ella le miró con pupilas resplandecientes, los rojos labios entreabiertos y el pecho jadeante.

—Sí, Carl. No cabe duda que... es amor —inclinó la cabeza, dejando caer flácidamente las manos en su regazo, y exclamó—: ¡Oh, Carl! ¡Está haciendo que me sienta avergonzada!

—¿Le avergüenza haber inspirado un sentimiento así en un bandido y presidiario, *miss Bahusen*?

—No, Carl. Ninguna mujer puede sentirse avergonzada de haber inspirado un hermoso amor..., aun tratándose del hombre más bajo de la tierra. Y usted no es así, Carl, sino todo lo contrario. Vale usted mucho más que yo... y de eso se trata precisamente. ¡Pensar que le creía capaz de confesar su verdadera identidad a Lupton para salvarse usted a costa de mi hermano y de mí!

—Bueno —refunfuñó Freyer, levantando los hombros—. Al fin y al cabo, no tenía usted motivos para pensar otra cosa mejor. Mi ficha penal estaba sobre la mesa de Honeywell cuando yo entré en el despacho del director. Usted la había leído, conocía mis antecedentes y era propio que formara tan mala opinión de mí.

—Aun así, Carl... Es muy humillante saber que mientras yo le despreciaba y pensaba cosas tan horribles, usted andaba buscando la manera de salvarme a riesgo de su propia vida. Yo...

—Espere, Estrella —dijo Carl.

Y levantando la cabeza disparó su pistola contra Farnham, el cual corría a agazaparse detrás de una roca.

—Bien —dijo Freyer, volviendo a sentarse en el suelo—. ¿Decía usted, *miss Bahusen*?

Ella le miraba sumisa y avergonzada.

—Carl —dijo en un murmullo—, ¿le gustaría besarme... ahora? Freyer la contempló larga y gravemente.

—Sí, ¡qué duda cabe! —contestó.

—Entonces..., béseme, Carl.

Freyer siguió mirándola fija y pensativamente. Luego se inclinó sobre ella, la estrechó entre sus brazos y la besó.

* * *

El sol tocaba con su llameante disco la dentada cordillera del oeste cuando Carl Freyer asomó de nuevo tras la roca para examinar la situación.

Farnham y Stacey no se habían movido del refugio de la peña

que ocupaban desde las dos de la tarde y, por alguna causa que Carl desconocía, tampoco habían hecho el menor intento de asaltar la posición que éste ocupaba con *miss Bahusen* en los riscos que dominaban la charca.

Alp Stacey, herido en un hombro por Carl, parecía delirar y pedía agua con quejumbrosa voz. El agua estaba allí, a sólo unos pasos de distancia. Pero el prudente Farnham no intentó una sola vez llegar hasta ella. Freyer dominaba el terreno desde arriba y le hubiera dejado tendido de un balazo.

—Me pregunto —dijo Freyer, volviéndose hacia la acalorada *miss Bahusen*—, qué táctica es la que predomina en las intenciones de ese maldito ovejero. ¿Espera a que se nos terminen los cartuchos? ¿O, con la paciencia de un indio, aguarda a que oscurezca e intentemos bajar? ¿O es que espera recibir refuerzos de un momento a otro?

Estrella Bahusen, naturalmente, no podía contestar a estas preguntas. Y no contestó.

Carl le tendió la «German Luger».

—Quedan dos cartuchos en el cargador —le dijo—. Voy a echar un vistazo por si existe algún punto por donde podamos bajar hasta el lago. Si Farnham intentara subir, dispare rápido los dos cartuchos que le quedan. Yo acudiré enseguida.

Freyer se deslizó a gatas hacia la fisura entre dos grandes rocas que tenía detrás, escaló algunos riscos y se asomó a la blanca y desolada extensión del lago seco.

Tal y como había temido, el acantilado era inaccesible por aquel lado. Nadie podría subir por allí. Pero ellos tampoco podrían bajar.

Estaba Carl echando maldiciones para sí, cuando, mirando hacia el sur, vio una nube de polvo en medio de la cual parecía moverse un punto que avanzaba con rapidez.

¿Un caballo?

No. Un caballo no habría levantado tanto polvo, ni tampoco hubiera corrido con tanta rapidez. ¡Un automóvil!

Era el viejo «jeep» que Freyer había visto aquella mañana en el granero de Jud. Carl había sentido entonces que aquella maldita «mula mecánica» acabaría proporcionándole un disgusto, y he aquí que su presentimiento se cumplía.

Dos hombres tripulaban el diminuto cochecillo; Lupton y

Riverton, seguramente. El auto rodaba a buena velocidad siguiendo los bordes de la extensa mancha salitrosa, y Carl alentó por unos momentos la esperanza de que pasara de largo.

Esperanza vana, porque aquel montón de chatarra armaba un estrépito de todos los demonios, y Jud Farnham debió oírlo. También debía haberlo estado esperando, por lo que Freyer comprendió ahora.

Dos tiros rápidos sonaron, pero no eran de la pistola de *miss Bahusen*, sino del potente rifle del ganadero.

El «*jeep*» aminoró la marcha. Y otros tres tiros de rifle sonaron en la quietud de la tarde moribunda. El auto se detuvo casi al pie del acantilado. Si Freyer hubiera tenido una bomba de mano, habría podido alcanzar con ella al vehículo y a sus ocupantes. Y, desde luego, hubiera deseado tenerla.

Jud Farnham salió por detrás de las rocas y gritó, agitando las manos:

—¡Aquí! ¡Eh! ¡Vengan!... ¡El profesor y la muchacha están arriba de ese acantilado... y Stacey está herido!

Lupton y Riverton levantaron los ojos hacia el acantilado. Lupton, que era quien llevaba el volante, señaló con la mano. Riverton cogió algo que debía llevar re costado contra el asiento.

Freyer adivinó lo que era y se agazapó tras las rocas. Uno rociada de balas pasó sobre su cabeza al tiempo que se dejaba oír el característico ratateo de una ametralladora «Thompson».

Desalentado, Carl regresó al punto donde había quedado *miss Bahusen*.

—¿Era un automóvil eso que se oía? —preguntó la muchacha, mirándole con ojos asustados.

—Sí. Y una ametralladora también. Estamos listos, *miss Bahusen*. Si las cusas ocurrieron como me figuro, Lupton y Riverton debieron estar patrullando la carretera todo el día en espera de que surgiéramos del desierto por allí. Supongo que Farnham fijó una hora determinada para que Lupton esperara y viniera luego a través del lago en busca de alguna señal que Farnham dejaría si nosotros cruzábamos el lago hacia el este. Farnham conoce bien el desierto y adivinó punto por punto lo que haríamos. ¡Así le parta un rayo!

El ruido del motor del automóvil siguió a éste vehemente deseo expresado por Freyer. El «*jeep*» apareció trepidando, brincando

como una cabra a través del desierto, abatiendo matorrales y serpenteando entre los grandes cactus hasta que se detuvo al pie de las rocas.

Farnham, Lupton y Riverton saltaron a tierra y corrieron, agazapándose hasta la peña donde Stacey seguía gimiendo y delirando. Riverton traía su ametralladora, y Lupton una escopeta cuya sola vista puso escalofríos en la espina dorsal de Freyer.

—Carl, ¿qué vamos a hacer? —gimió *miss* Bahusen, retorciéndose las manos.

La respuesta la dio Fred Lupton gritando desde abajo:

—¡Amigos, entréguense! Les tenemos arrinconados ahí y no pueden escapar. ¡No nos obliguen a subir... o seguro que saldrán perdiendo!

Freyer cruzó una mirada de bochorno con la muchacha.

—Bueno, *miss* Bahusen —murmuró Carl, abriendo los brazos—. La función terminó. Si dependiera solamente de mí, intentaría llevarme a alguien conmigo al infierno, utilizando las balas que me quedan. Pero Si ofreciera resistencia y matara a alguno, ellos se enfurecerían. Y entonces, probablemente, la matarían a usted también. Vamos a entregarnos... y que sea lo que Dios quiera.

—¡Pero ellos saben ahora que usted no es Hans Bahusen!

—Realmente, sería difícil hacerles tragar la bola de que lo soy después de lo ocurrido.

La muchacha no contestó... Estaba terriblemente asustada y temblaba como una hoja.

—¡Óigame, Lupton! —gritó Freyer, haciendo bocina con las manos—. Estamos dispuestos a entregarnos.

—Muy bien —dijo Lupton, desde abajo—. Tiren las armas y salgan con las manos en alto.

Freyer tiró las dos pistolas por encima de la roca. Luego se puso el sombrero y la chaqueta, hizo una seña a *miss* Bahusen y salió con las manos en alto.

Desde abajo, Riverton les tenía encañonados con la ametralladora. Y era evidente, a juzgar por la expresión de sus ojos, que le hubiera dado con mucho gusto al gatillo. Una gran mancha amoratada en su mentón le servía como recordatorio del puñetazo que Freyer le pegó por la mañana.

Lupton y Farnham salieron de su refugio avanzando al

encuentro de los fugitivos. El sol habíase puesto tras las montañas y el purpúreo resplandor de las nubes se atenuaba con rapidez.

—Atele las manos al pollo, Farnham —ordenó Lupton.

El ovejero llevaba un pedazo de cordel, con el cual ató fuertemente las manos de Freyer a la espalda. Luego, Farnham recogió la cantimplora del suelo y fue a llenarla en la charca, en tanto Riverton se acercaba y unía su ominosa mirada a la de Lupton, fija en el rostro de Carl Freyer.

—Así, ¿que no es usted el profesor Bahusen? —farfulló Lupton entre dientes—. Muy bien, amigo. Espero que se explique.

—No hay nada que explicar. Sencillamente, no soy el que ustedes creían —contestó Freyer tranquilamente.

—Sí, ya supongo. Usted es un polizonte. Le pusieron unas gafas ahumadas, le hicieron cojear y nos lo pusieron como cebo. No es el profesor Bahusen. Bien. ¿Y la chica, tampoco es la hermana de Bahusen?

—Sí, ella es Estrella Bahusen.

—¡Mentira! —dijo la joven, con energía—. Yo no soy Estrella Bahusen.

Carl se volvió a mirarla, sorprendido.

—¿Es o no es la señorita Bahusen?

—Sí.

—No.

—Oiga. Estrella, no sea borrica —dijo Freyer ceñudamente, en alemán—. ¿No comprende que su única esperanza de salvar la vida consiste precisamente en convencerles de que es la hermana de Hans Bahusen?

—No quiero salvar mi vida a cambio de volver al cautiverio... ¡Y menos aún a cambio de tener que ver a mi hermano obligado a regresar a Europa, bajo la amenaza de que me matarán si no lo hace! De manera que si realmente quiere prestarme un favor...

—¡Basta! —aulló Lupton encolerizado—. ¡No vuelvan a hablar de ese maldito alemán en mi presencia! Y conteste de una vez a mi pregunta, señorita. ¿Es usted la hermana de Bahusen o no lo es?

—No —negó Estrella.

—Sí —afirmó Freyer.

—¡Maldita sea! —rugió Lupton, echando lumbre por los ojos—. Le advierto que tengo muy poca paciencia, señorita. Y que si es la

hermana de Bahusen, yo habré de saberlo de todos modos, arrancándole la verdad de forma que no va a resultarle muy agradable.

Mis Bahusen guardó silencio y otro tanto hizo Freyer. Lupton resolló con fuerza, volvióse hacia Riverton y ordenó:

—Bueno, llevad a Stacey al auto y vámonos de aquí. No quiero atravesar ese maldito desierto de noche, en ese trasto sin luces y sin frenos. Y ustedes dos..., vengan para acá.

Miss Bahusen y Riverton trasladaron al herido hasta el coche y lo acomodaron en el asiento posterior.

—¿Va usted a venir con nosotros? —preguntó Lupton al ovejero.

—Sí. El caballo regresará solo al rancho.

—Pues encárguese usted mismo de conducir su montón de chatarra.

Farnham tomó asiento ante el volante, haciéndolo *miss* Bahusen a su lado, a una indicación de Lupton. Riverton se sentó sobre el capó con los pies dentro del coche, dando cara a la muchacha y sin soltar su ametralladora. Lupton y Freyer, por último, se embutieron en el asiento posterior, junto al gimoteante Stacey.

El coche arrancó, trepidó sobre el pedregoso terreno y serpenteó por entre los cactus hasta salir a la playa del extinto lago.

Farnham, queriendo aprovechar las últimas luces del día apretó la marcha en aquel terreno casi tan llano como la palma de la mano. Los ocupantes del auto guardaron largo silencio hasta que Lupton preguntó a Freyer:

—Contésteme a esto, amigo... ¿Remplazaba ya al verdadero profesor Bahusen en Terranova, cuando dispararon contra éste y le hirieron en la espalda?

—Seguro —contestó Freyer, levantando la voz por encima del infernal estruendo del motor—. Yo fui quien recibió aquel balazo.

Lupton gruñó:

—Así se explica que cayéremos tan inocentemente en el engaño.

El auto siguió rodando a buena velocidad mientras Lupton mascaba su amargura y su despecho. Finalmente preguntó:

—¿Y qué hay de la chica, amigo? ¿Es realmente la hermana del verdadero Bahusen, o interpretaba un papel falso lo mismo que usted?

—Ella es la verdadera Estrella Bahusen. Si lo niega es solamente

por favorecer a su hermano. Ella cree que teniéndola ustedes en rehén y bajo la amenaza de asesinarla, pueden forzar al profesor Bahusen a regresar por su propio pie allende el «telón de acero». ¿Comprende?

Los pequeños ojos de Fred Lupton relampaguearon en la creciente oscuridad del anochecer. La mirada que lanzó sobre Freyer era de alivio y casi de agradecimiento.

No podría decirse otro tanto de la mirada de *miss* Bahusen, la cual se volvió y gritó:

—¡Maldito entrometido! ¡Estúpido! ¡Va a ser la causa de mi perdición y de la de mi hermano!

Freyer contestó gravemente:

—A pesar de cuanto diga, yo creo que le hago un favor. La vida es muy agradable en cualquier latitud, aunque a veces le parezca a uno insoportable.

Estrella Bahusen le volvió la espalda y se cubrió el rostro con las manos. El estremecimiento de sus hombros acusó su llanto.

En este momento el coche llegaba al límite del lago seco, abandonaba las arenas y se internaba en el desierto remontando una larga y accidentada pendiente salpicada de rocas, de matorrales y de altos cactus en forma de candelabro.

—Señorita Bahusen —dijo Lupton, con regocijado acento—. No sé por qué le apena tanto la confesión de su amigo. Su vida vale mucho mientras sea la hermana del profesor Bahusen, pero no valdría absolutamente nada si se tratara de una impostora. Como es lógico, no le permitiríamos vivir después de habernos conocido con nuestros verdaderos nombres.

—¡No me llamo Estrella Bahusen! —gritó la muchacha, desesperadamente—. Freyer ha mentido para salvarme la vida. ¿No lo comprenden? Él sabía que me matarían si yo confesaba que no era la verdadera Estrella Bahusen.

El «jeep», habiendo remontado penosamente la larga rampa, iba ahora cuesta abajo brincando sobre las desigualdades del terreno.

Lupton se echó a reír.

—Déjese de comedias, muchacha. ¿O se cree que somos tontos? Su mismo empeño en negarlo, basta para convencernos de que es la verdadera hermana del profesor Bahusen. Quiere evitarle el bochorno de tener que regresar a Europa y enfrentarse allí con las

consecuencias de la traición que ha cometido. Nadie que estuviera en sus cabales negaría ser Estrella Bahusen sabiendo que si se la creía sería muerta. ¿O quiere usted que la apeemos del coche en compañía de su amigo y le invitemos a dar con él su último paseo?

—¡Sí, lo prefiero! —contestó la muchacha, con pasión.

—No le daremos ese gusto. —Lupton soltó una carcajada.

Y Freyer decidió no esperar más.

Sabía que se estaban aproximando a la carretera, y que antes de llegar a ella le harían bajar del coche para dispararle una ráfaga de ametralladora en la espalda.

El viejo y baqueteado «jeep», sin luces y sin frenos, se había lanzado cuesta abajo en tercera velocidad. Carl Freyer también estimaba su propia vida y estaba decidido a hacer cualquier cosa por salvarla. Era hombre muerto, de todas formas... Y no lo dudó más.

El auto se deslizaba junto a un suave talud cuando Freyer se puso en pie de un salto.

—¡Eh! —gritó Lupton.

Freyer no hizo más que echarse hacia atrás, y se encontró cayendo de espaldas por el pedregoso suelo.

CAPÍTULO IX

Apenas hubo tocado tierra, Carl se echó rodando hacia el talud que tenía a su derecha.

Las circunstancias estuvieron todas de parte de Freyer aquella vez, porque cuando Riverton se enderezó empuñando la ametralladora, la misma violencia de su movimiento le tiró encima de la señorita Bahusen.

—¡Para, Farnham! —gritó Lupton, levantando la escopeta.

Pero para detener el auto, el ovejero tuvo que pisar el pedal del embrague y luchar unos instantes con la segunda velocidad, que se negaba a entrar en los engranajes de la caja de velocidades.

El «jeep», en consecuencia, siguió rodando un largo trecho antes de que Farnham pudiera detenerlo.

Lupton se echó la escopeta a la cara y disparó.

La rociada de perdigones arrasó la tierra y el matorral del filo del terraplén en el momento en que Freyer caía rodando por éste. Las postas no le alcanzaron por una fracción de segundo, y Carl bajó dando vueltas hasta que le detuvo una mata de cardos.

Freyer, entonces, se levantó de un salto y corrió agazapado a internarse en la espesura de la salvia y los altos cactus, mientras otro escopetazo sacudía de arriba abajo un alto «saguaro» interpuesto entre él y el auto que acababa de detenerse.

El joven corrió con las manos atadas a la espalda. La ametralladora tableteó. Carl se echó rodando por el suelo, oyendo las balas silbar a su alrededor. Luego volvió a levantarse y echó a correr de nuevo.

Lupton y Riverton saltaron del coche barbotando maldiciones. Se separaron para buscar al fugitivo por diversos puntos.

La oscuridad era casi completa entonces y los altos cactus en

forma de candelabro remedaban frecuentemente la silueta de un hombre recortándose en el claroscuro del cielo.

Freyer, en realidad, no estaba muy lejos. Se hallaba agazapado tras unos matorrales cuando Riverton llegó sigilosamente, la ametralladora amartillada y lista para disparar, deteniéndose tan cerca de Carl que éste hubiera podido tocarlo alargando una pierna.

Después de mirar desconfiadamente a su alrededor y mascullar algunas maldiciones, el forajido siguió adelante, y Freyer pudo exhalar un suspiro de alivio.

Lupton y Riverton siguieron buscando por espacio de quince minutos. La noche cerraba con rapidez.

—Vamos —oyó Carl rezongar a Lupton—. Pasaríamos la noche aquí, y no le encontraríamos.

—Sí. Lo malo es que ha visto nuestras caras y nos ha conocido por nuestros verdaderos nombres —dijo Riverton.

—¿Y qué mil diablos quieres que hagamos? Tuya es la culpa si él logró escapar. Le tenías enfrente, enfilado con la ametralladora... ¡Oh, maldita sea!

Riverton rezongó algo en voz baja y los dos hombres regresaron al automóvil. Todavía permanecieron un rato discutiendo, antes de que se escuchara el ronquido del motor y el auto reanudara la marcha.

Carl Freyer siguió en su escondite. No se atrevía a moverse, por temor a que Lupton hubiera dejado a Farnham con la consigna de encontrarle y matarle, costara lo que costara.

Esperó, pues, hasta que la densa oscuridad de la noche y el silencio reinante le animaron a salir. Y entonces encaminó sus pasos hacia el sur, donde ahora sabía que existía una carretera.

* * *

La carretera resultó estar mucho más cerca de lo que Freyer esperaba, y tomó por ella en dirección al este, con la esperanza de encontrar pronto algún Doblado o una granja aislada.

Pero las horas fueron transcurriendo, apareció la luna, las millas se deslizaron una tras otra bajo sus cansados pies, y ni encontró lugar habitado ni tuvo la suerte de que un solo automóvil se cruzara con él.

Lupton, evidentemente, había sabido escoger bien el paraje. Aquella región de Utah podía competir en soledad con el más solitario lugar del Sahara.

Desfallecido de fatiga, hambriento y sediento, Carl se detuvo varias veces a descansar al filo del camino. Durante aquellos descansos, frotando sus ligaduras contra las piedras, logró soltarse las manos. A la salida del sol se encontraba arriba de una cordillera desde la cual pudo divisar un pequeño poblado en la llanura.

El descenso por la serpenteante carretera fue muy rápido. Y finalmente, con últimas fuerzas, alcanzó el poblado; Black Rock según anunciaba el cartelón sostenido por dos postes junto al abrevadero donde aplacó su sed.

Poco después, se encontraba relatando sus aventuras antes una gordo, apacible e incrédulo *sheriff*.

—Todo lo que me cuenta es muy extraño, joven —dijo el representante de la Ley.

Freyer le mostró las amoratadas señales que la cuerda había dejado en sus muñecas.

—¿Cree que esto es también inventado? —preguntó.

—Bueno, bueno —dijo el agente—. Mi obligación es dar curso a la denuncia presentada por usted. Conozco a Jud Farnham. Tiene un rancho ovejero al oeste de Xavier Lake. Farnham estuvo en presidio por haber dado muerte a un mejicano que le había robado unas ovejas. Yo mismo le detuve... Telefonearemos a Milford.

—No. Al cuartel general del

F. B. I.

en San Francisco —insistió Carl Freyer.

El *sheriff*, finalmente, demostró ser un hombre razonable haciendo que su mujer sirviera abundante almuerzo a Freyer, mientras él telefoneaba a San Francisco.

—¿Y bien? —preguntó Carl—. ¿Qué le han dicho?

—Nada. Se han limitado a tomar nota de cuanto les dije. Ahora puede acabar de almorzar tranquilamente y echarse a dormir. Le hace falta.

—¿Cómo diablos quiere que me eche a dormir, sabiendo a esa pobre chica en poder de una pandilla de asesinos? —protestó Carl.

—Si yo he logrado entender algo de este condenado asunto, la chica no corre peligro mientras la banda confíe en poder sacarla del

país en un submarino y obligar al profesor Bahusen a regresar tras el «telón de acero». Y usted no puede hacer más de lo que ha hecho. Venga, le daré también algunas ropas de mi hijo para que pueda quitarse esos harapos.

Cuando poco después, Freyer se dejaba caer suspirando en el mullido lecho del ausente hijo del *sheriff* Burton, el prestigio del F. B. I, había descendido mucho en la opinión de Carl. Al fin y al cabo, se dijo, no se daban mucha prisa en poner en marcha los engranajes de su complicada y universalmente famosa máquina policial.

Con estos pensamientos, Freyer estaba a punto de caer en profundo sueño cuando oyó repicar el teléfono. Carl se espabiló enseguida, animado por la débil esperanza de que la llamada tuviera alguna relación con el caso Bahusen.

Y la tenía.

Burton entró violentamente en la habitación y dijo:

—Vístase pronto, muchacho. Acaban de telefonar desde Cedar City ordenándome que le conduzca a escape al aeródromo de Milford. Creo que habrá un aeroplano esperándole allí cuando nosotros lleguemos.

—¿Qué distancia hay de aquí a Milford? —inquirió Freyer, mientras se vestía rápidamente.

—Sólo veintitrés millas. Voy a preparar el coche. Estaremos allí en cosa de media hora.

Y cuatro minutos más tarde, Carl Freyer tomaba asiento junto al *sheriff* en el coche «Hudson» de éste, equipado con sirena y luces rojas intermitentes en el techo.

* * *

Tres coches policiales, uno inmediatamente detrás del otro, se cruzaron con el auto del *sheriff* de Black Rock cuanto este marchara a toda velocidad por la carretera de Milford. Estos autos, haciendo destellar sus intermitentes luces rojas, pasaron como centellas junto al «Hudson» de Burton, el cual apuntó:

—O mucho me equivoco, o esos coches se dirigen a Xavier Lake en busca de la banda de Farnham.

—¿Tan pronto? —Fue todo lo que el admirado Freyer pudo

decir.

Burton siguió conduciendo su coche con pericia hasta que, unos minutos más tarde, irrumpieron haciendo sonar la sirena en el aeródromo municipal de Milford.

En aquellos momentos, una avioneta roja de cuatro plazas y un solo motor, estaba tomando tierra. El aeroplano rodó hasta detenerse cerca del coche policial, la portezuela se abrió, y alguien que estaba dentro hizo señas a Burton y a Freyer para que se acercaran.

Carl corrió con el *sheriff* hasta el aparato. Mirando dentro de la cabina, Carl vio un rostro conocido que le sonreía.

—¿Se acuerda usted de mí, Freyer?

—Sí —contestó Carl—. Le vi una vez en el despacho del director de San Quintín. Usted es el subintendente Rice W. Yates.

—Suba, Freyer. ¿Cree que podrá guiarnos por el aire hasta ese rancho de dónde escapó?

—Creo que pondré.

—Le presento al capitán Folsom y a nuestro piloto Campbell. Gracias por haber traído a Freyer, *sheriff*. Ya puede regresar a Black Rock.

Burton se alejó haciendo un ademán, y Carl trepó al aparato, pasando por detrás del capitán Folsom para alcanzar el asiento del fondo de la cabina, contiguo al del subintendente Yates.

El aeroplano carreteó por la pista para poner proa al viento y despegó con rapidez.

—Ustedes no habrán venido volando desde San Francisco en la media hora que hace que telefoneó Burton, ¿verdad? —preguntó Freyer.

El subintendente Rice W. Yates se echó a reír.

—Desde luego que no. Habíamos montado nuestro centro de operaciones en Cedar City, y allí recibimos la llamada telefónica de San Francisco, diciéndonos que acababa de aparecer usted en Black Rock. Eso queda bastante más al Norte de lo que nosotros calculábamos. Freyer, ¿extravió usted adrede el pasaporte del profesor Bahusen?

—Sí. Yo lo dejé durante un alto que hicimos en la carretera.

—Bien hecho, Freyer. Un motorista encontró el pasaporte al día siguiente y lo presentó en Cedar City. Su aviso fue de gran utilidad

para nosotros, porque en aquel momento estábamos siguiendo una falsa pista en dirección a México. Ahora es importante que nos haga una descripción detallada de los hombres que acompañan a *miss* Bahusen, así como del coche que utilizaron para la fuga y el número de la matrícula.

—Permítame una pregunta, señor Yates. ¿Espera usted encontrar a la banda de Lupton en el rancho de Savier Lake? —inquirió Carl.

—No. Si según usted ellos tenían una emisora de radio, debe de haber ocurrido una de estas dos cosas: que al regresar con *miss* Bahusen estuviera esperándoles un aviso de Rockfellow para llevar a la chica a un lugar determinado de la costa o que, ignorando todavía dónde tendrían que llevarla, se pusieran en camino sin esperar a más, quedando en telefonar a Rockfellow desde cualquier parador de la ruta. Ese Rockfellow debe ser el agente extranjero que mueve los hilos de la trama, Freyer. ¿Cómo era? ¿Le vio usted?

Mientras Freyer contestaba a las preguntas del subintendente, el aeroplano llegaba sobre Black Rock y desde allí, salvando la cordillera que Carl había cruzado al amanecer, sobrevoló el desierto y la blanca extensión de sal del lago seco hasta el rancho de Farnham.

Los autos policiales acababan de llegar y los agentes que habían registrado la casa hicieron señas negativas a los tripulantes del aeroplano.

—Los pájaros volaron —murmuró el subintendente. Y desplegando un gran mapa de comunicaciones sobre sus rodillas, ordenó al piloto—: Adelante, Campbell. Arrumbe al Oeste y acortemos camino hasta la ruta cincuenta.

El capitán Folsom, utilizando un micrófono y un juego de auriculares, radiaba la descripción detallada de cada uno de los fugitivos, así como las señas particulares del automóvil que debían estar utilizando para escapar.

Como un gigantesco pulpo, el F. B. I, tendía sus largos tentáculos para apresar al coche que huía.

CAPÍTULO X

Poco después de las cinco de la tarde, faltando apenas una hora para la puesta del sol, el aeroplano se posaba en un aeródromo de las inmediaciones del Reno, Nevada.

Freyer permaneció fumando a cierta distancia del aparato mientras éste repostaba de gasolina y el subintendente Yates iba a telefonar.

En las retinas de Freyer estaban grabadas todavía las imágenes de una interminable red de carreteras, con coches policiales en el enlace de la mayoría de ellas y largas filas de automóviles que esperaban turno para ser registrados antes de poder seguir adelante.

Desde que Freyer se unió al subintendente en Milford aquel mediodía, sólo en una ocasión habían obtenido informes en apoyo de la teoría de Yates; según el cual, los secuestradores y *miss* Bahusen intentaban cruzar Nevada y llegar a California antes que la voz de alarma cundiera en toda esta parte del país.

El «Nash-Ambassador» de los fugitivos se había repostado de gasolina aquella mañana en Salt Wells, diecinueve millas antes de llegar a Fallon.

Por lo tanto, y a menos que hubiera torcido hacia el Norte para cruzar la divisoria del Estado de Oregón, lo cual parecía poco probable, a la hora presente debían encontrarse ya en tierras de California y en algún punto no demasiado distante de la costa.

La red policíaca se había cerrado demasiado tarde sobre los fugitivos. Y esto sólo podía achacarse a la mala suerte de Carl.

En efecto, si Freyer hubiera tenido la suerte de encontrar algún vehículo apenas llegó a la carretera, la policía habría sabido quince horas antes dónde estaban los bandidos. Y éstos hubieran sido detenidos antes de salir de Utah.

Con quince o dieciséis horas por delante, Lupton había tenido tiempo de salir de Utah, cruzar toda Nevada y penetrar bastante lejos en California.

Las carreteras de California y del vecino Estado de Oregón eran a estas horas un hervidero de coches patrulleros de la policía que las recorrían en todas direcciones. Pero próxima a cerrar la noche, y dando por descontado que Lupton habría sacado su auto de la carretera para descansar mientras esperaba a que oscureciera, un estrecho margen de suerte bastaría para que los secuestradores llegaran a la costa. Y con esto, se habría perdido casi por completo toda esperanza de rescatar a *miss Bahusen*.

Todo esto pensaba Carl Freyer mientras daba vueltas en torno al aeroplano. Y, sin embargo, su mala suerte no iba a durar tanto como él esperaba.

Rice W. Yates y el capitán Folsom venían corriendo hacia el avión, el cual acababa de ser repostado de gasolina.

—¡Pronto, Campbell! ¡Todos al aparato!

El subintendente no volvió a hablar hasta que el aparato despegaba sus ruedas de la pista.

—Freyer. Usted se ha tomado muy a pecho detener a los bandidos y rescatar a la señorita Bahusen, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—Bien —continuó Yates—. El coche «Nash» de los fugitivos ha sido hallado abandonado en los alrededores de Truckee, en California, a sólo treinta y cuatro millas por carretera de Reno, y algo más cerca a vuelo de pájaro. Enderece el rumbo hacia allí, Campbell.

Carl Freyer inquirió excitadamente:

—¿Cree que Lupton y los suyos estarán todavía por allí? ¿No habrán cambiado de automóvil?

—Escuche esto, Freyer. La voz de alarma se dio poco después de las doce, y desde entonces, ningún coche entre cuyos ocupantes se encontrara una chica rubia y un hombre herido ha podido progresar por las carreteras de California sin ser detenido por la policía. Lupton lleva radio en su coche, ¿no? Bien; yo creo que Lupton había salido ya de Nevada cuando captó nuestra llamada general de aviso. Entonces probablemente, decidió abandonar su coche y llegar a pie hasta Truckee o algún otro lugar próximo desde el cual pudiera

telefonar a Rockfellow. Por lo tanto, Lupton se encuentra todavía en Truckee o en alguna granja de los alrededores esperando que Rockfellow vaya en su busca.

—¿En otro coche, quiere decir?

—No. Sólo hay un medio de sacar a *miss* Bahusen de donde está y llevarla hasta la costa.

—¿Por el aire? —apuntó Freyer.

—¡Ajaja! —El subintendente tocó al piloto en el hombro—. Dele gas a este trasto, Campbell. Si hay algún momento propicio para que un aeroplano particular tome tierra y despegue de una solitaria granja, ese momento es sin duda al anochecer. Con la noche de por medio, sería tan difícil encontrar un avión que vuela hacia la costa como un aguja en un pajar.

* * *

Campbell inclinó el aparato sobre un ala y señaló abajo:

—Truckee.

—Bien —dijo el subintendente Yates—. Vamos a volar ahora describiendo círculos cada vez más anchos en torno a la ciudad. Tengan los ojos bien abiertos y fíjense especialmente en los prados contiguos a las granjas... ¡Hum! El sol va a ponerse pronto. No nos queda mucho rato para buscar.

El silencio volvió a dominar en la cabina mientras el avión giraba y los cuatro hombres pegaban sus anhelantes rostros a los cristales.

El aeroplano describió uno, dos, tres círculos cada vez más anchos teniendo por centro a Truckee.

De pronto, Campbell enderezó el aeroplano con brusquedad y lanzó un grito:

—¡Miren allí! ¡Un avión vuela hacia la ciudad!... Está virando... ¡Se orienta!

—Puede que sea el avión que nosotros esperábamos —apuntó el capitán Folsom—. Campbell, ¿cree que nos habrá visto?

—No ahora. El sol está a nuestra espalda.

Los cuatro hombres siguieron llenos de ansiedad las evoluciones del aparato desconocido, el cual enfiló al blanco y alto depósito de agua de una granja de las inmediaciones y viró sobre un ala como

disponiéndose a aterrizar en el prado contiguo.

—Campbell. ¿Sería usted capaz de aterrizar detrás de este aparato sin que su piloto se diera cuenta? —preguntó el subintendente Yates.

—¡Seguro! He perseguido a los «Mig» rusos en Corea —contestó el piloto con acento de regocijo.

Y maniobró hábilmente con los mandos, dando media vuelta rápida y colocándose detrás del otro aeroplano cuando éste picaba hacia tierra.

Folsom, mientras tanto, fijaba la posición de la granja sobre el mapa y lanzaba una llamada por radio a todos los coches patrulleros que se encontraban en las inmediaciones.

El aparato desconocido se posó sobre un extenso campo de alfalfa, y Campbell, casi pegado a la cola del aeroplano antecesor, aterrizó a su vez sin vacilar un instante.

—Freyer —dijo el subintendente alcanzando la metralleta que durante toda la tarde habían llevado detrás del asiento—. ¿Sabe usted manejar una ametralladora?

—Sí.

—Folsom y yo tenemos nuestras pistolas. En cuanto se detenga el aparato, salte usted a tierra y corra a tomar posiciones detrás de la casa. Su misión consiste solamente en impedir que nadie escape por allí, ¿comprende?

—Sí —repuso Freyer, preparándose para saltar a tierra.

—Tome también este cargador suplementario por si acaso.

Carl Freyer tomó la metralleta y el cargador. El aeroplano que marchaba delante se acababa de detener, y Campbell aplicó los frenos a su aparato deteniéndolo con brusquedad.

Folsom abrió la portezuela y saltó a tierra, empuñando su pistola. Freyer le siguió y echó a correr hacia la derecha, apartándose de los aviones. Mientras corría podía ver un par de hombres que desde la puerta de la casa hacían desesperadas señas al avión.

Freyer alcanzó un grupecillo de árboles frutales en el linde del campo de alfalfa y se detuvo para recobrar el aliento. Miró atrás.

Folsom corría hacia el aeroplano misterioso. La portezuela de la derecha de éste acababa de abrirse y un hombre alto saltaba a tierra. El hombre se volvió... Folsom gritó algo apuntándole con su

pistola y el otro dio un salto prodigioso, volviendo a meterse en el avión.

Folsom corrió hasta el aparato, al mismo tiempo que éste volvía a poner en marcha su hélice. Brilló un fogonazo. Folsom cayó de rodillas.

La portezuela se cerró de golpe, el motor del avión rugió con estruendo...

El subteniente Yates saltó a su vez a tierra.

El aeroplano, en cuyo tripulante había creído reconocer Freyer al suave y aristocrático Rockfellow, empezó a moverse corriendo sobre el campo de alfalfa, viró enfilando por unos instantes los árboles bajo los cuales estaba Carl Freyer, siguió virando y se lanzó raudamente a través del prado para despegar.

Carl Freyer echó atrás el muelle recuperador de la metralleta, echóse ésta a la cara y disparó.

La subametralladora crepitó, despidiendo breves lengüetazos de llamas anaranjadas. El avión seguía ganando velocidad, pasaba a la altura de Carl Freyer.

Freyer disparó otra ráfaga, apuntando al motor.

¡El motor explotó con una llamarada, esparciendo pedazos de plancha retorcida a gran distancia!

El aeroplano se detuvo casi en seco, arrojando grandes llamas y negras nubes de humo, un hombre saltó a tierra, cayó sobre sus manos, se levantó y volvió a correr.

El subintendente Yates disparó su pistola. El hombre pareció tropezar y cayó de rodillas. En esta posición levantó los brazos en señal de rendición.

Freyer no se entretuvo en ver cómo el subintendente esposaba al fugitivo. Su pensamiento estaba de nuevo con Estrella Bahusen, la cual debía encontrarse dentro de la casa con Lupton y su cuadrilla de asesinos.

Deslizándose por entre los árboles, Carl llegó a la altura de la casa. Avanzando un poco más, alcanzó a ver la galería de la parte posterior del edificio y allí, un granero contiguo a una porchada de uralita vallada con tela metálica, dentro de la cual cacareaban las gallinas.

En el momento que Freyer asomaba por la esquina de la casa, un hombre salía corriendo de ésta y desaparecía en el interior del

granero.

Carl abandonó la protección de los árboles y cruzó corriendo hasta la base del alto depósito de cemento armado.

De pronto, un grupo de gente apareció en la galería saliendo de la puerta posterior de la casa. Delante del grupo, con el brazo derecho en cabestrillo, marchaba Alp Stacey. Riverton y Lupton iban detrás llevando entre ambos a una mujer.

¡Era Estrella Bahusen!

En el mismo instante, el motor de un automóvil rugió en el granero, y Freyer comprendió la intención de los bandidos. ¡Iban a escapar en el auto de los propietarios de la granja!

Carl levantó la metralleta y disparó una corta ráfaga que levantó el polvo a los pies de Stacey e hizo que éste pegara un brinco hacia atrás. Lupton, después de lanzar una mirada de ansiedad hacia el punto de donde procedían las balas, asió a *miss* Bahusen por un hombro y la arrastró nuevamente consigo al interior de la casa. Stacey le siguió. Pero Riverton se dispuso a hacer frente al enemigo empuñando su mortífera e inseparable ametralladora «Thompson».

Freyer disparó primero, y Riverton cayó de bruces, acribillado a balazos.

—Para que lo sepas —farfulló Freyer con el ceño fruncido—. Ya me estabas fastidiando con tu dichosa ametralladora.

Un tiro sonó y una bala pegó en la columna de cemento armado a sólo una pulgada de la frente de Freyer.

Carl retrocedió de un salto, poniéndose tras la protección de la columna. Un hombre salió del granero donde seguía zumbando el motor y cruzó a la carrera el espacio existente entre aquél y la casa, al mismo tiempo que efectuaba dos disparos contra Carl.

Era Kosharem, el taciturno hombre de la emisora que había acompañado a Rockfellow hasta el rancho ovejero de Farnham.

Freyer disparó una ráfaga de ame: ralladora contra las piernas de Kosharem, el cual cayó dando vueltas ante el escalón del pórtico de la parte trasera.

Freyer arrancó el cargador vacío de su metralleta y lo sustituyó por el recambio que Yates le había entregado. Kosharem, herido en ambas piernas, se arrastraba penosamente por el suelo tratando de alcanzar la puerta de la casa.

De pronto, una figura esbelta apareció en la puerta. Era una

mujer. Estrella Bahusen.

—¡Freyer, tire esa ametralladora si no quiere que disparo contra la señorita Bahusen! —gritó Lupton, protegido tras el cuerpo de la muchacha.

Carl masculló una maldición. En aquel momento hubiera deseado no encontrarse allí para no ser él quien se viera obligado a pasar por la humillante y cobarde orden de aquel asesino.

—¡Tire el arma, Freyer! —volvió a gritar Lupton.

—Es inútil cuanto está haciendo. Lupton —advirtió Carl tras el seguro resguardo de la columna de cemento—. No podrá escapar. La policía estará aquí dentro de unos minutos y le perseguirán a ustedes hasta el fin del mundo mientras lleve consigo a la señorita Bahusen.

—La chica ha dejado de interesarme —aseguró Lupton, empujando ante sí a la muchacha para salir a la galería—. Tire la ametralladora y le prometo que cuando nos vayamos dejaré aquí a *miss* Bahusen.

Freyer no creía en la promesa de aquel bandido, pero dejó caer la metralleta a sus pies.

—Empújela con el pie —ordenó Lupton.

Freyer obedeció con desgana. Lejos, se dejó oír el taladrante aullido de una sirena.

Fred Lupton empujó por detrás a la señorita Bahusen, obligándola a andar a la vez que utilizándola como escudo. Lupton empuñaba un revólver que mantenía apoyado contra la barbilla de la desdichada muchacha.

Alp Stacey salió a su vez de la casa mirando recelosamente a su alrededor. Al pasar junto a Kosharem, éste, que estaba tendido en el suelo, le retuvo por la pernera del pantalón.

—¡No me dejen aquí! —suplicó con un gemido.

—¡Vete al infierno! —rugió Stacey. Y se desasió de un tirón.

Los dos bandidos cruzaron el terreno descubierto hasta la puerta del granero.

—Sostén tú a la chica mientras saco el auto —dijo Lupton a Stacey.

Alp Stacey, que empuñaba en la izquierda su «German Luger», sustituyó a Lupton mientras éste entraba en el granero. Stacey tenía cogida por la ropa a *miss* Bahusen con su mano derecha, cuyo brazo

llevaba en cabestrillo.

—Sal de donde estás, Freyer —ordenó con voz chillona. Y empujó hacia arriba con el cañón del arma la barbilla de la muchacha—. ¡Sal de ahí si no quieres que le vuele la cabeza a tu chical!

La ululante sirena continuaba acercándose, y esto parecía excitar sobremanera a Stacey, el cual insistió:

—¡Rápido, sal de ahí!

—¿Qué quieres, Alp? —interrogó Freyer.

—Matarte. Tú destruiste todo nuestro plan al escaparte y dar el chivatazo a la policía... ¡Maldito seas mil veces, Freyer! ¡Sal de ahí te digo... o te juro que le salto los sesos a esta estúpida!

—¡No, Carl! —gritó *miss* Bahusen agudamente—. ¡No salgas..., te matará!

—Ese hombre está loco y es capaz de disparar sobre ti si no le obedezco, Estrella. Procura distraerle cuando yo salga.

—¿Qué estáis diciendo? —chilló Stacey.

—Nada, Alp —repuso Freyer en inglés—. Aquí me tienes.

Freyer abandonó la columna y dio un paso en dirección a Stacey. Dentro del granero rugió el automóvil.

De pronto, *miss* Bahusen propinó un empujón a Stacey y se echó rodando por el suelo.

Alp Stacey, al retroceder dando traspiés, fue a dar contra el parachoques del automóvil que en aquel momento salía por la puerta del granero.

Stacey fue echado a rodar, y Lupton frenó en seco al mismo tiempo que Carl Freyer se agachaba y recogía la metralleta.

Fred Lupton empuñó rápidamente la pistola eme había dejado sobre el asiento.

La subametralladora tableteó al mismo tiempo que Lupton disparaba su revólver, y las balas de Freyer trazaron un tortuoso reguero de punzadas sobre la plancha metálica de la portezuela y el rostro de Fred Lupton.

Alp Stacey, después de haber rodado por el polvo, se incorporó sobre una rodilla empuñando su «German Luger».

Freyer le encañonó rápidamente con la metralleta.

—¡No dispaes! —chilló Stacey con ojos desorbitados. Y soltó la pistola.

Pero inesperadamente, acaso porque Lupton acababa de soltar el pedal del embrague al recibir los balazos mortales de Freyer, el auto dio un salto adelante y embistió contra Alp Stacey.

Alp lanzó un chillido espeluznante cuando el coche pasaba sobre él.

Carl Freyer corrió hacia Estrella Bahusen, tiró la metralleta al suelo y la cogió por los brazos. La muchacha se arrojó sobre su pecho lanzando histéricos sollozos.

Dos coches de la policía californiana llegaban en este instante por el caminillo de la trasera de la granja y se detenían bruscamente. Sus tripulantes, al saltar a tierra empuñando sus pistolas ametralladoras, quedaron paralizados mirando con estupefacción la extraña escena con sus dos cadáveres en el suelo, un herido junto al porche y otro muerto que colgaba a medias de la abierta puerta del automóvil, que se había subido sobre la galería, derrumbando una columna y parte del tejadillo del pórtico que ésta sostenía.

* * *

La escena tenía lugar en el interior de la granja. Allí, dos policías uniformados libraban de sus ligaduras a un par de jóvenes granjeros y a un sollozante y asustado niño de cinco años. Sobre un sofá, el capitán Folsom estaba siendo atendido por el médico de la policía, en tanto Rockfellow y Kosharem esperaban turno para ser curados, escoltados por una pareja de silenciosos y sombríos detectives del F. B. I.

Junto a la ventana, *miss* Bahusen y Carl Freyer se miraban a los ojos con las manos entrelazadas.

—Bueno, *miss* Bahusen —dijo el subintendente Rice W. Yates acercándose a la pareja—. Su pesadilla terminó, gracias entre otras cosas a este buen mozo... —El subintendente puso su mano sobre el hombro de Freyer y se rió—. ¿Verdad que ha dado de sí mucho más de lo que todos... y usted misma esperaba?

Estrella Bahusen se ruborizó intensamente, apartando sus ojos de los de Carl Freyer.

—Señor Yates —murmuró—, ahora que todo ha terminado y parece innecesario que Carl..., es decir, el señor Freyer, siga

representando el papel de Hans Bahusen... ¿le dejarán en libertad?

—Desde luego. Lo prometido es deuda. Freyer se ha ganado bien el perdón y es libre de ir donde le plazca a partir de este mismo instante. Y en cuanto a usted, *miss* Bahusen... espero que le alegrará saber que vamos a volver al avión para volar hasta Las Vegas y reunimos con el profesor Bahusen.

—¿Está Hans allí? —interrogó la muchacha llena de ansiedad.

—Sí. Y puesto que ha trabajado intensivamente estas tres últimas semanas en colaboración con un nutrido grupo de sus colegas, creo que también el profesor se ha ganado un buen descanso en algún tranquilo lugar que sólo unos cuantos vamos a conocer.

El subintendente se alejó para ir a cruzar algunas palabras con los detectives y estrechar la mano del capitán Folsom.

Miss Bahusen, mientras tanto, volvía a levantar sus húmedos ojos hasta los de Carl Freyer y murmuraba:

—Gracias por cuanto ha hecho por mí y por mi hermano, Carl. Ni él ni yo le olvidaremos jamás. Y espero..., espero..., que nos volveremos a ver alguna vez.

Carl suspiró al tiempo que sentía algo muy hondo y desgarrador.

—¿Quién sabe? —murmuró—. Nuestras vidas van a girar en órbitas muy distantes entre sí a partir de ahora. Puede que nos encontremos y puede que si algún día nos encontramos usted ya no se acuerde de mí en términos tan afectuosos como los de este instante.

—¡Carl, no diga eso, por Dios! —protestó la chica.

Medió entre ambos una larga y embarazada pausa.

—¿Qué hará usted ahora, Carl? —interrogó ella.

Freyer se encogió de hombros.

—No sé. Supongo que tomaré algún empleo, un empleo modesto, desde luego, que me permita vivir en paz y holgura... si es que un hombre con mi pasado puede aspirar a ello.

—Prométame que no volverá a las andadas, Carl...

—¡Oh, se lo prometo! No es fácil que Carl Freyer vuelva a poner sus pies en una cárcel por todo lo que le quede de vida.

De nuevo guardaron silencio. Rice W. Yates regresó y dijo:

—¿Vamos, *miss* Bahusen?

Carl Freyer salió de la casa y acompañó a *miss* Bahusen y al

subintendente a través del campo de alfalfa hasta el avión que en aquel momento ponía su hélice en marcha.

Llegados junto al aparato, el subintendente estrechó en silencio la mano de Freyer, miró agudamente de éste a la señorita Bahusen y trepó a la carlinga.

Miss Bahusen y Freyer, de pie junto a la portezuela abierta, se contemplaron en silencio en la semipenumbra del anochecer.

—Carl... —dijo la chica roncamente.

Y de pronto se arrojó entre los brazos de él, estrechándose con fuerza contra su pecho.

—Estrella... querida —murmuró Freyer. Y la besó apasionadamente en los labios.

Bruscamente, ella se desasíó de los brazos del joven y corrió a meterse en la angosta cabina del aeroplano. El motor de éste rugió y Freyer esperó desconsolado verlo arrancar y despegar.

Pero pasado un breve instante, fue el subintendente Rice W. Yates quien volvió a saltar a tierra y, haciendo señas a Carl para que se acercara, le dijo a gritos señalando a la cabina:

—¡Suba usted, Freyer! Creo que la señorita Bahusen acaba de encontrar para usted una nueva ocupación cerca de su hermano.

—¿Cómo? —chilló Freyer.

—La de pariente, tal vez —dijo, riendo, el subintendente.

Carl trepó ágilmente a la cabina, donde Campbell sonreía doblando el asiento para que el joven pudiera llegar hasta el asiento posterior y dejarse caer junto a miss Bahusen, que le cogió las manos mirándole amorosa a los ojos.

—Adelante, Campbell —dijo el subintendente Yates, sentándose junto al piloto. Y cerró la portezuela de golpe—. Todo recto... hasta Las Vegas.

El motor del avión rugió. El aparato rodó lentamente dando media vuelta. Luego se lanzó sobre el verde campo de alfalfa. Despegó.

Breves instantes después, era un pequeño punto perdiéndose en las crecientes sombras de la noche.

FIN



Pascual Enguádanos Usach (Liria, 13 de diciembre de 1923 - ibídem, 28 de marzo de 2006) fue un escritor español, uno de los clásicos europeos de la ciencia ficción y el decano de la ciencia ficción española.

Nacido y vecino de Liria (Valencia), Pascual Enguádanos Usach, funcionario jubilado de Obras Públicas y escritor, es considerado en la actualidad el decano de los autores españoles de ciencia ficción, representando a la primera generación de postguerra y quizá el de mayor éxito entre los autores de novela popular en su época. Si bien se encuadró inicialmente en lo que se ha dado en llamar Escuela Valenciana de Ciencia Ficción, desde los años 60 se le comenzó a considerar en medios literarios del género como uno de los escritores españoles de mayor alcance. Comenzó su andadura como escritor en las colecciones de Editorial Valenciana Comandos, Policía Montada o Western, mientras que luego en la Editorial Bruguera colaboraría en Oeste, Servicio Secreto y La Conquista del Espacio. Bajo el pseudónimo de «Van S. Smith» o de «George H. White», publicó nada menos que noventa y cinco novelas dedicadas al género. Su reputación en la ciencia ficción española de los años cincuenta procede de un estilo ágil y del universo que propuso, pues cincuenta y cuatro de sus obras se inscriben en la llamada Saga de

los Aznar, una auténtica novela-río adaptada al tebeo en dos ocasiones y que recibió en Bruselas el galardón a la mejor serie europea de ficción científica o, si usamos el anglicismo, ciencia ficción. La Saga fue reescrita y ampliada en los años 70 y ha sido objeto de atención y reedición, y es actualmente reivindicada por aficionados y autores que continúan su obra.

Enguádanos propuso al editor de Valenciana una nueva colección dedicada a la ficción científica y para la cual había comenzado a escribir algunas obras. Éste fue el inicio de la histórica Luchadores del Espacio, joya de la ciencia-ficción española, publicada en la década de los 50 por la Editorial Valenciana y donde la serie de Enguádanos, La Saga de los Aznar, con treinta y dos novelas que aparecieron entre 1953 y 1958, constituiría el cuerpo central de la colección. La obra, que recordaba a veces la estética de *Flash Gordon* y la literatura del Coronel Ignotus, fue reconocida como la mejor serie de ciencia-ficción publicada en Europa, (Convención Europea de Ciencia Ficción, Bruselas, 1978).

Pascual Enguádanos desapareció de los medios públicos, y el fandom perdió contacto con él, hasta que por diferentes medios, Javier Redal y Andrés Rodrigo, autores y miembros significativamente activos del mundillo de la ciencia-ficción española lo localizaron en su residencia de Liria, donde vivía ya apartado de la escritura, e ignorante de la repercusión de su obra. En la HispaCon de 1994, celebrada en la localidad valenciana de Burjassot y dirigida por el citado Andrés Rodrigo, Pascual Enguádanos fue homenajeado como Invitado de Honor recibiendo, por primera vez en muchos años, el reconocimiento de los aficionados al género de ficción de toda España.

El autor sería también homenajeado en el XXI Congreso Nacional de Fantasía y Ciencia-Ficción (HispaCon 2003) y durante la ceremonia de entrega de los premios Ignotus le fue concedido el premio Gabriel por la labor de toda una vida.